

La Ilustración Artística

AÑO XXXI

BARCELONA 1.º DE ABRIL DE 1912

NÚM. 1.579

UN CUADRO DE MANTEGNA RECIENTEMENTE VENDIDO EN BERLÍN POR 737.500 PESETAS



LA VIRGEN CON EL NIÑO JESÚS, SAN JOSÉ Y SANTA MAGDALENA, cuadro de Andrés Mantegna

Hace poco se ha vendido en pública subasta, en Berlín, la colección del difunto aficionado Eduardo Wéber, de la cual formaba parte este cuadro de Mantegna, que ha sido adquirido por el Sr. Kleinberger, de París, por la cantidad de 590.000 marcos, o sean 737.500 pesetas, y que hace nueve años el Sr. Wéber compró en Londres por 100 000 pesetas. Según parece, el señor Kleinberger lo ha comprado por cuenta de un millonario yanqui, el Sr. Wídener, de Filadelfia. El cuadro mide 60 centímetros de alto por 48 de ancho, y las figuras son de la mitad del tamaño natural. Mantegna nació en Vicenza en 1431 y murió en Mantua en 1506.

SUMARIO

Texto.— *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Las hijas del duque*, por Pedro Luis de Gálvez. — *Trieste. Botadura del «Tegetthoff»*. — *El viaje del emperador Guillermo II de Alemania*. — *Melilla. Últimas operaciones en el Kert*. — *La gran duquesa María Adelaida de Luxemburgo*. — *Concurso del aero-blanco Michellin*. — *Matrimonio secreto* (novela ilustrada; continuación). — *Monte Carlo. Concurso de hidro-aeroplanos*. — *Una interesante representación de la ópera de Verdi «Aida»*. — *La jura de la bandera por los reclutas del reemplazo de 1911*.

Grabados.— *La Virgen con el Niño Jesús, San José y Santa Magdalena*, cuadro de Andrés Mantegna. — Dibujo de Sarda, ilustración al cuento *Las hijas del duque*. — *El beso de Judas*, grupo esculpido en madera por Zarcillo. — *La resurrección de Jesús*, cuadro de Otón Shon Rethel. — *Aldeanas de Alsacia presenciando el paso de una procesión*, cuadro de Fernando Schultz Wetzel. — *Trieste. Botadura del «Tegetthoff»*. — *Venecia. El emperador Guillermo II dirigiéndose al «Hohenzollern»*. — *Melilla. Últimas operaciones en el Kert*. — *Jesús en casa de Jairo*, cuadro de Carlos Bloch. — *María Adelaida de Luxemburgo*. — *Concurso aero-blanco Michellin*. — *Concurso de hidro aeroplanos*. — *Una escena de la ópera «Aida» cantada junto a las pirámides*. — *Jura de la bandera*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Si hablase en estos momentos de la verdadera actualidad, hablaría de mí misma; tanto estoy sobre el tapete, con motivo de la cuestión académica. Pero como no puedo menos de respetar convencionalismos universales, me dejo aparte, y paso a otras cosas no menos del momento, como es, por ejemplo, esta jura de la bandera que tiende a adquirir carácter de mayor solemnidad nacional. El que debía tener, y que hasta ahora no había tenido.

Pocas personas ignorarán lo que sobre este punto se ha escrito estos días en *El Imparcial*, primero por el ilustre Mariano de Cavia, y luego por otras plumas. Lo que se ha discutido es mucho más aun: hay varias opiniones, y esto es malo, porque, en tales respetos, es preferible un error en que todos coinciden, a un acierto parcial. Lo que deseábamos Mariano de Cavia, la marquesa de Squilache, yo— en suma, cuantos hemos emitido nuestro voto,—era sencillamente que las mujeres saludasen a la bandera, como la saludan los hombres, aunque difiriendo en que los hombres, al descubrirse la cabeza, hacen ya la mayor demostración de respeto, y a la vez la más sencilla.

Para las mujeres, se hablaba de «reverencias.» Pero la mujer del pueblo, de reverencias, poco sabe; y diré más: la inmensa mayoría de las mujeres, a cualquier clase social que pertenezcan, no habrá hecho una reverencia en su vida. Además, no entiendo cómo se puede hacer una reverencia, ni cómo se entera nadie que tal demostración se hace, cuando nos rodea y cohibe los movimientos enorme gentío. Las reverencias lucen en los salones, y en la calle se despejan materialmente y, entre una muchedumbre, no hay modo de perfilarlas. El caso es que saluden a la bandera no sólo las señoras de alto copete, sino todas cuantas mujeres la vean pasar. Por eso la reverencia no nos satisface a los que anhelamos que la bandera sea saludada, con cariño, con efusión, como cosa que es nuestra y de la cual somos.

El beso es la única forma visible, en las grandes aglomeraciones de gente. Claro es que este beso se envía con la mano, y por lo mismo, haciendo alzar el brazo; y tal gesto, si se practicase con cierta unanimidad, ofrecería un aspecto entusiasta. Alguien proponía llevarse la mano al corazón; lo cual, entre el gentío, tampoco se ve. Otros abogaban por una inclinación de cabeza; tampoco resalta ni se nota, a no hacerse a una voz de mando. He aquí por qué el tan comentado beso es lo único aceptable, a no substituirlo la aclamación (que también tiene sus dificultades, como lo tiene todo en este mundo).

Lo repito, sólo se trata de crear la costumbre de que, al paso de la bandera, no se quede la gente tan fresca, como si pasase un carro cargado de hortaliza. Es indudable que existen en el alma los sentimientos que el saludo representa, pero en exteriorizarlos está el quid. Y en no exteriorizarlos estaría el punible indiferentismo, el triste estancamiento de las ideas más vitales.

Si no acertásemos en el medio los que queremos que se salude a la bandera con todo el entusiasmo que el caso requiere, vengan otros y sugieran mejores soluciones; el caso es establecer el saludo, formar la bella costumbre, y que entre a constituir un momento de nuestra vida diaria. Al ver pasar la ban-

dera, si la calle estuviese despejada de gentío, párese cada cual con respeto y envíele su saludo en la forma que a cada cual le salga del corazón.

* *

No se trata de discutir con higienistas y médicos, señores de toda mi consideración, cuyas indicaciones pongo sobre mi cabeza. Nos dicen que no debemos probar el aristocrático molusco porque en él se encierra un bacilo funesto, engendrador de la fiebre; y yo lo creo a puño cerrado, y doy por cierto que conviene abstenerse de ostras..., pero, me apresuro a añadir: de ostras *nature*, servidas como las guisa el mar salado y el vivero-cloaca, pues hemos averiguado que las ostras engordan con lo más..., ¿cómo diremos?, ¿lo más desechable?

En todos los artículos que sobre este punto de actualidad he leído, falta la aclaración: la ostra prohibida, es la ostra cruda.

Yo confieso que me causa pena la proscripción de la ostra. ¡Mi tierra las produce tan sabrosas, tan frescas y vivas, tan bonitas, cuando aparecen en la mesa rodeadas de gajos o ruedecillas del oro pálido, ácido, meridional, del limón! Mas apetecibles aun, si, sacándolas de una cesta de mimbre, la ostrera de Puente Sampayo las abre a vuestra vista con su mellado cuchillo, y, entre el agua salobre que se rezuma, las veis latir bajo la mordedura del limón, sobre la fuente de tosca loza valenciana o trianera. Al borde de la ría de Pasajes, os las han servido también traídas del vivero, y cuesta trabajo persuadirse de que ese pedazo de marea que os presentan, sea vehículo de una enfermedad mortal y horrible...

También lo es el agua que bebéis, a menos que se adopte la precaución de hervirla. No rechacemos la ostra, que puede comerse de tantos modos, porque uno de ellos encierra peligro.

Es una industria importante la que se arruina con el estigma que cae sobre la ostra. No importan, ante la higiene pública, los intereses particulares; veamos si hay medio de conciliarlos.

Sin negar todo lo que tengan de aperitivas (hace pocos años se decía de sanas y nutritivas) las ostras *nature*, palpitantes sobre su concha, adheridas a ella hasta que el tridente de plata las separa cruelmente, tampoco es dudoso que la cocina extranjera y nacional las pueda aderezar con gracia.

* *

En otro tiempo, el escabeche de ostras, caro a Carlos V (caro en dos sentidos, porque le agradaba y porque le dañó), era plato muy corriente. No le hizo al emperador más mal que otras curiosidades y regalos de la mesa; no vaya a creerse que también la infección intestinal que le llevó al sepulcro, y que se debió a la imposibilidad de masticar los alimentos, por la forma especial de su mandíbula y caja dentaria, fuese achacable en particular a las ostras. Para escabechar la ostra, lo mismo que los demás pescados y mariscos, hay que freirla primero, y ya con la sartén pierde la malicia; y si no bastase, el vinagre, el laurel, la pimienta y demás ingredientes, son desinfectantes y microbicidas.

Pero o mucho me engaño, o desde la época de aquellos clásicos barriles que los maragatos traían de los puertos de mi tierra a Madrid, la afición al escabeche de ostras ha disminuído, y en cambio, otras preparaciones del molusco han ido poniéndose de moda. Una, sobre todo, supera a cuantas maneras de acomodar la ostra puedan existir, y, pareciendo complicada, es en realidad sencilla. En todas las pastelerías puede encargarse la masa, hojaldrada de pastel, del tamaño que se quiera. Todo el mundo sabe hacer una salsa béchamela, llamada así porque la inventó aquel perfecto *snob* de marqués de Béchamel, que agradecía que le diesen puntillones, cuando se los daba una persona elevadísima. Hecha la salsa, se le incorporan las ostras, cinco docenas para cada cuartillo de leche que entre en la bechamela. Estas ostras, antes de incorporarlas, han ido a la sartén breves momentos, a rehogar con manteca y un picadillo finísimo de cebolla, teniendo cuidado de que no se endurezcan, en lo cual está el intrínsculo. Mezcladas con la salsa, se sigue revolviendo, al fuego, unos seis minutos, se rellena con la mezcla el pastel o los pastelillos (las delicadas *bouchées à la Reine*) y se ponen en el horno a calentar, no sirviendo hasta que sude bien la masa, porque un pastel tibio, es aborrecible.

Este relleno tiene sus partidarios y apasionados; pero si en vez de la bechamela se condimentan las ostras (después de fritas, sin endurecerse), con vino blanco, pimienta, la manteca en que se frieron y un espeso de harina..., hay quien afirma que supera to-

das las recetas ésta tan vulgar, pero con cierto sabor español muy gustoso.

Los pasteles y pastelillos, los buñuelos de ostras, son cosa fina; pero nadie ignora que la ostra puede servirse asada, cocida, frita, rebozada, guisada; que puede hacerse con ella sopa, o mejor dicho, sopas distintas, cuyo único defecto es lo caras que salen; y para no citar sino cinco o seis platos, recordaré las ostras en concha de peregrino, la col rellena de ostras, el pavo relleno de ostras también, pero con muy diferente fórmula, la tortilla de ostras, el timbal de ostras y macarrones, que bien hecho es digno de Lúculo, y la perdiz con ostras, fórmula sabrosísima de la cocina nacional, cuya receta no se encuentra en ninguno de los noventa y siete tratados de cocina que poseo; ni en los arcaicos, ni en los modernistas. He oído repetir que debe prohibirse la venta de ostras. Reflexionen antes de hacerlo: más valdría repartir un folletito con las cincuenta maneras de componer las ostras.

Y, al mismo tiempo, pudiera votarse a la execración pública a aquel ciudadano romano a quien Plinio consagró frases de reconocimiento, por haber tenido la idea de poner en parque o vivero las ostras, a fin de engordarlas y corregir la aspereza que el agua viva del mar les comunica. Sí las ostras no estuviesen sometidas a esa especie de estabulación, no contendrían gérmenes nocivos. Sin duda el tal ciudadano, llamado Sergio Orata, que era rico, aficionado a recibir y agasajar a sus amigos, y que vivía en la deliciosa ribera de Baia, entendía como muchos epicúreos de su tiempo, que un goce no cuesta caro, aunque cueste la vida. O será lo más cierto que, por entonces, nadie sospechaba de las ostras ni sabía que, perfectamente cuidadas y cebadas, encerrasen otro veneno que el de excitar demasiado a la gula, pues los ostrófagos romanos se zampaban de un tirón hasta mil, ¡y si les parecía poco, y ansiaban más, usaban la pluma de pavo real empapada en aceite, para desalojar excesos y hacer hueco en el estómago!

Y he aquí una injusticia de la suerte. No sabemos que Apicio, Lúculo, Sergio Orata ni Vitelio, patrón, abogado y emperador de la glotonería, se hayan muerto de tifus. Hoy, con ingerir la vigésima parte de lo que estos personajes (históricos por diferentes conceptos), se tomaban a guisa de vermut, o, diríamos en mejor castellano, para hacer boca, es bastante para que aparezcan las inquietadoras décimas, y luego las altas temperaturas, y en pos los restantes síntomas de esas infecciones que tan tremendo desenlace auguran...

* *

¿Es realmente culpable la ostra de lo que se le achaca? ¿Es cierto que no sólo contiene el microbio del tifus, sino que puede determinar también otro contagio, la tisis pestilente de la ostra, diagnosticada por sabios doctores? ¿Qué de precipicios y cuánto de trágico en una conchilla del mar, donde no hay nada venenoso, según se ha creído siempre, hasta que la ciencia nos robó esta ilusión, lo mismo que otras muchas!

¡Y haber coincidido el descrédito de la ostra con la Cuaresma!

No hay remedio sino atenerse al fogón, al horno, a la salteadora, al puchero; someter a la acción benéfica del fuego, que todo lo purifica, ese manjar antes tan divinamente preparado por la naturaleza, y que gozaba de la mejor fama para sostener a enfermos y convalecientes. La serie de operaciones químicas que llamamos cocina, puede solucionar el conflicto, salvar la industria ostrera, amenazada y herida. Tomad las mismas ostras que ibais a ingerir crudas, lavadlas bien, con la misma agua que sueltan, para que no lleven esquilas de la concha diantre ¡la apendicitis!; cocedlas luego—todo esto, en viernes—en vino blanco y caldo de pescado; y cuando el líquido haya reducido como una tercera parte, batid, para seis docenas de ostras, cuatro yemas de huevo, e incorporadlas a la salsa, moviendo siempre. Coladlo, volvedlo a la lumbre para que se caliente bien, añadid las ostras ya en trozos, y servid, sazonado con pimienta, muy poca sal, sospecha de vinagre...—Cuando termino de transcribir esta fórmula, de una salsa exquisita, he aquí que se me ocurre... ¡No se gana para sustos, desde que sabemos tanto! Se me ocurre que no estamos enteramente seguros de que el bacilo muera a los 100 grados de temperatura...

Es decir, quien no está segura de tal particularidad soy yo. Digan los doctores su opinión, para que las ostras sean definitivamente condenadas o redimidas.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LAS HIJAS DEL DUQUE, POR PEDRO LUIS DE GÁLVEZ, dibujo de Sardá



Saludó a María de las Nieves el desconocido viajero con muestras de grande rendimiento

I

En una vieja ciudad que visité hace años y se levanta en el confín de la Península, fui testigo de un suceso trágico y luctuoso. Dominando la ciudad, yérguese sobre un cerro el castillo denominado *de las hijas del duque*, lugar de soledad y de misterio, cuyas puertas, siempre cerradas, avaras parecen de su pasada grandeza; pues que allí se albergaron muchos príncipes y caballeros de preclaros linajes. El último duque, D. Baltasar, murió despedido por un caballo ruano, que era su favorito, cuando seguía la pista de un ciervo herido; dejando por herederos de su nombre y hacienda a dos hijas igualmente bellas: Doña María de las Nieves y Doña Luisa Carlota, entrambas de corta edad y ya sin madre; que la duquesa pasado había a mejor vida cinco años antes. No era en verdad muy holgado el patrimonio que heredaron las niñas, y de no venir a manos de tutores desaprensivos, aun se habrían defendido de rodar hasta la estrechez. Pero quiso Dios que las hermanas sufrieran del peor mal, que es el de la pobreza; y llegadas a la mayor edad supieron cuánta era su desventura y el desamparo en que las habían dejado. Un señor muy grave y empaquetado en su levita negra fué a noticiarles la pérdida casi total de los bienes escasos y mal colocados que les legara el duque, dando a sus palabras un tonillo oratorio que pretendía ser solemne y sonaba grotesco en la vastedad del rojo salón de ceremonias, cuyas paredes ostentaban los retratos de ocho duques revestidos de hierro, de aquellos duques guerreros que fueron la mayor gloria de la casa.

Vivía en el castillo una anciana sirvienta, de la cual se aconsejaron las señoritas; y fué el consejo que no se dieran a la tristeza por la tribulación que sobre ellas venía, antes cobraran mayores ánimos para combatir la adversidad, que la nobleza de la sangre ha de mostrarse más en los días adversos que en los prósperos, y la flaqueza de ánimo no cuadra a personas bien nacidas.

De tarde en tarde bajaban las señoritas a la ciu-

delos en las mejillas, peligro para la serenidad de quien los viera y agonía de la flaca, pecadora carne.

Tipo muy distinto el de María de las Nieves. De más correcta hermosura que la hermana, no tanto como la de Luisa Carlota recreaba su presencia, pues su rostro carecía de expresión y en sus ojos no brillaba el ingenio, que apagados parecían asimismo que los apaga, sin enturbiarlos, la gota serena. Y si muy contados reparos podían ponerse a la corrección agilísima de su cuerpo, menos a su bonito rostro, que vagamente recordaba el de la «Danae» del Tiziano.

Soportaban ambas hermanas, con cristiana resignación, las crueldades de la adversa fortuna que las perseguía sañudamente. Luisa Carlota manejaba casa y hacienda, consagrando el tiempo en que holgarse podía a labores de aguja. María de las Nieves, desde la temprana edad, había mostrado su vocación a la pintura, por lo que salía alguna vez del castillo, ganosa de hallar un bello paisaje que reproducir en la tela. Pródigo era el abrupto cerro en que la fortaleza de sus mayores se levantaba en paisajes de una belleza bárbara, como esos paisajes que en fondan las fantasías trágicas del autor de *La Isla de los Muertos*, el más glorioso de los pintores alemanes. Vestida de un trajecillo de muselina clara, recorría la damita las inmediaciones del castillo, permaneciendo muchas horas sentada en la dura peña, abierta sobre la faldellina la caja de apuntes.

Una tarde en que María de las Nieves hallábase muy afanada en trazar la dentada silueta de la fortaleza, notó que hasta ella venía un joven de bizarra apostura, que forastero diríase por la traza; y viéndolo en aquellos lugares apartados, amante de las viejas piedras roídas por los siglos, o acaso un poeta que buscaba la soledad tan encarecida por el divino Fray Luis.

Saludó a María de las Nieves el desconocido viajero con muestras de grande rendimiento y cortesanía; y rogándole perdón y adelantando mil excusas, pidió a la huérfana noticias del castillo; las que ella dió cumplidas, pues que era muy versada en Histo-

ria y su espíritu de artista llevábala a inquirir los más borrados detalles y las leyendas más peregrinas. De lo que el desconocido viajero quedó tan complacido, que muchos fueron los días en que vino de la ciudad deseoso de platicar con la muchacha.

Al instinto observador de la vieja no pasaron inadvertidas las frecuentes ausencias de María de las Nieves; y llamándola a su presencia, la amonestó con severidad, encomiando el lustre y grandeza de la casa, mostrándole cuán peligroso era el trato con personas cuya condición se ignoraba, haciéndole entender que, si bien la hacienda que poseían las hermanas era tan mermada que por dote no podía codiciarla un galán, era tanta la hermosura de entrambas y tan codiciado el glorioso título de sus antepasados, que prevenidas y en continuado sobresalto debían vivir por no verse engañadas.

II

Privada se halló María de las Nieves de la gustosa plática del galán. Mas pensar que cárceles haya para el amor verdadero, pensamiento es de persona sin juicio ni conocimiento del corazón. Escúrrase Amor por los intersticios más pequeños, abre las más complicadas cerraduras, descorre los más pesados cerrojos y lima es su voluntad de las rejas más sólidas. Murallas no construirán manos de hombre, siquiera sean tan formidables murallas como las de Tebas, capaces de resistir el ímpetu de un caballero enamorado: él solo habrá de derribarlas con el empuje de su poderoso brazo.

Dos días después, a filo de la media noche, la borrosa silueta de un embozado—más, sin duda, por ocultar el rostro que por la crudeza de la estación—detenía junto a la negra mole del castillo. El fuego de unos ojos escrutadores relampagueó en la obscuridad, como la acerada punta de una daga, bajo el airoso sombrero. Abrióse luego un postigo, al que se acercó el embozado rondador. Y un pilluelo medio desnudo, armado de una flecha, surgió, inopinadamente, de las sombras, riéndose, ¡el muy ladrón!, de alguna burla que tramase...

Conducida por el atrevimiento, María de las Nieves atravesado había las amplias estancias señoriales, del uno al otro extremo del castillo. De puntillas, extendidos los brazos con cuidado de no tropezar en algún mueble cuyo ruidoso e inesperado encuentro la delatase, hizo el largo camino hasta el postigo de un ventanal, donde era el lugar de la cita. Reunidos a tan desacostumbrada hora y con riesgo tan grave, ni la gentil duquesita ni el galancete osado acertaban a pronunciar palabra. Permanecía él como entontecido, calado el sombrero y pendiente de los hombros la capa, cual si entrambas prendas colgasen de una percha.

—¡Qué locura hemos hecho!, musitó María de las Nieves, muy quedo, casi sin palabras.

El galán dió señales de vida con un larguísimo suspiro.

Comenzó el diálogo, torpe, entrecortado, balbuciente. Fuése animando luego, y el fuego de la ignescente pasión abrasó las palabras y los corazones.

—No hables tan alto. Te pueden oír. La anciana Rosaura duerme con un ojo abierto, como dicen de las brujas.

—Vivir para ti solo, consagrarte mi vida toda, sentirme como un niño muy pequeño junto a ti... ¿Por qué la vida es tan cruel con nosotros? Bien quisiera brindarte títulos y fortuna; pero ¿hay ofensa de Dios o de los hombres en que yo naciera de humilde linaje y sin más riqueza que la del ingenio?



El beso de Judas, grupo esculpido en madera por Zarcillo (1707-1781)

Una ráfaga de aire levantó un poquitín la capa del galán—que había dicho nombrarse Gustavo y ser natural de tierra de la Mancha, no lejos de la noble Ocaña, que está en la provincia de Toledo y guarda las cenizas del poeta Ercilla.—María de las Nieves tuvo miedo porque vió una sombra extraña y escuchó el silbido del viento.

En aquella primera entrevista secreta no se curaron los amantes de prevenirse contra la tenaz rectitud de la vieja Rosaura. Olvidados de su desventura con la ventura de verse juntos, cuando las madrugadoras luces del día besaron las almenas de la fortaleza, repitióse una vez más la escena de la alondra y el ruiseñor.

Ansioso de que tornase la noche, separóse el galán de la ventana, dejándose allí, a lo que parecía, el corazón y los ojos.

Y sentado en aquella peña donde vió a la duquesita por vez primera, liado en la cumplida pañosa, ahora sí para defenderse del traidor airecillo de la mañana, calado hasta morderle las orejas el sombrero, estúvose el galán buen espacio. Y, de la traza que se dijo y en tales lugares, más que galán afortunado, escudero parecía en acecho de su señor, algún bravo capitán venido de Flandes...

III

Tan endiablada y pícara era la parla del galán, que pronto quedó María de las Nieves sometida por entero a su obediencia; y con grave disgusto de Luisa Carlota y aun mayor de la anciana Rosaura, citóse una fecha para los esponsales, puesto que el corazón de la duquesita preso estaba en las redes de Amor, y temeridad habría sido contrariarla su inclinación a Gustavo. Por otra parte,

la mayoría de edad autorizaba a María de las Nieves para obrar a su capricho con libertad entera.

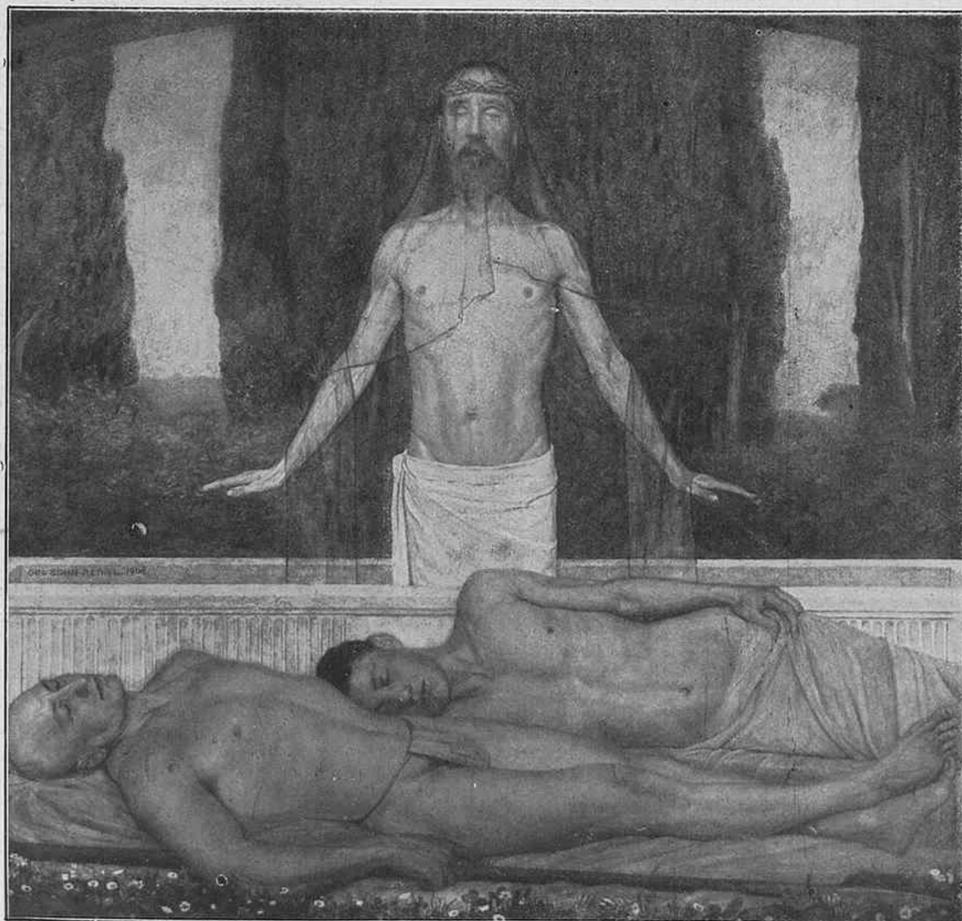
La vida sin Gustavo parecía a la niña una cuesta penosa y erizada de guijarros que la desgarrasen los pies menudos y rosados. Encerrada siempre en la soledad de la imponente fortaleza, sin que la voz del

que ponéis la mirada en la apostura y gallardía del rondador y no en sus intenciones!, cómo pocos días antes del señalado para la boda, una noche fría de diciembre, entrábase al castillo, a hurto de sus moradores, por aquel postigo donde María de las Nieves diera a Gustavo la primera cita, hasta tres hombres enmascarados; los cuales, penetrando en el aposento de la anciana Rosaura, la intimidaron a que les dijese el lugar donde se guardaban las muchas riquezas que ellos suponían escondidas en el castillo. Y como la santa mujer les confesara que la única riqueza que allí había era la de los corazones, golpeáronla tan brutalmente, que por muerte la abandonaron.

Las dos hermanas despertaron sobresaltadas; y dándose cata del peligro, huyeron a despertar a los criados. Entonces los tres enmascarados escaparon por el lugar mismo que habían entrado. Por la voz reconoció María de las Nieves a Gustavo en uno de aquellos forajidos, y fué como si sobre ella se desplomase la fortaleza de sus mayores.

Luego se supo que Gustavo capitaneaba una cuadrilla de bandoleros, y que en lo único que había dicho verdad a la duquesita fué en el pueblo de su nacimiento, pues que sus ojos se abrieron en la cárcel y en el presidio de Ocaña pasó seis años.

Desde el luctuoso suceso ya narrado, las dos hermanas viven apartadas de todo trato. Alguna vez, de tarde en tarde, bajan a la ciudad. Yo las he visto pasar en hora de la tarde, cuando el último rayo de sol derrama un llanto de sangre sobre el castillo. Y os digo que es un espectáculo trágico y desolado la presencia de aquellas vidas, siempre en agonía, que no esperan otra caricia que la fría y siniestra de la Muerte.



La resurrección de Jesús, cuadro de Otón Shon-Rethel

hombre apenas llegase a sus oídos, tenía su pasión al desconocido viajero la violencia pujante del primer amor, capaz de salvar cuantos obstáculos se pongan a su paso. Y sabed, ¡oh caprichosas damitas

llanto de sangre sobre el castillo. Y os digo que es un espectáculo trágico y desolado la presencia de aquellas vidas, siempre en agonía, que no esperan otra caricia que la fría y siniestra de la Muerte.



ALDEANAS DE ALSACIA PRESENCIANDO EL PASO DE UNA PROCESIÓN, cuadro de Fernando Schultz-Wettel



Trieste.—Botadura del nuevo dreadnought austriaco «Tegetthoff»
La archiduquesa Blanca de Borbón, madrina de la ceremonia, y el archiduque heredero Francisco Fernando en el acto de la botadura. (De fotografía de C. Trampus.)

TRIESTE

BOTADURA DEL DREADNOUGHT «TEGETTHOFF»

Hace pocos días efectuóse en Trieste con gran solemnidad la botadura del buque *Tegetthoff*, segundo de los dreadnoughts que han de figurar en la marina de guerra austriaca.

Al acto asistieron, entre otras altas personalidades, el archiduque heredero Francisco Fernando, el archiduque Leopoldo Salvador, su esposa la archiduquesa Doña Blanca de Borbón, hija de D. Carlos, pretendiente que fué a la corona de España, y el almirante conde de Montecucculi, jefe de la flota de Austria. Estos personajes, junto con otros elementos oficiales, ocuparon una elegante tribuna dispuesta en el arsenal, cerca del sitio en donde estaba el *Tegetthoff*, y delante de la cual habíase colocado un busto del emperador Francisco José.

Terminadas las operaciones preliminares de la botadura, la archiduquesa Doña Blanca de Borbón, que actuaba de madrina en la ceremonia, oprimió un botón eléctrico e inmediatamente el buque se deslizó sobre su grada, penetrando a los pocos instantes majestuosamente en el mar, mientras el público numerosísimo que presenciaba el acto prorrumplía en aplausos y aclamaciones.

El nuevo dreadnought *Tegetthoff* tiene 151 metros de eslora por 27 de manga y su desplazamiento es de 30.331 toneladas; su coste es de sesenta y tres millones de francos. Lleva cuatro hélices de turbinas que desarrollan una fuerza total de 21.000 caballos y comunican al buque una velocidad de 20 millas por hora. Va provisto de once reflectores y su armamento consistirá en tres cañones de 305 milímetros en cada una de sus cuatro torres acorazadas, doce cañones de tiro rápido, diez y ocho cañones de siete centímetros, también de tiro rápido, y cuatro ametralladoras.

EL VIAJE DEL EMPERADOR GUILLERMO II DE ALEMANIA.

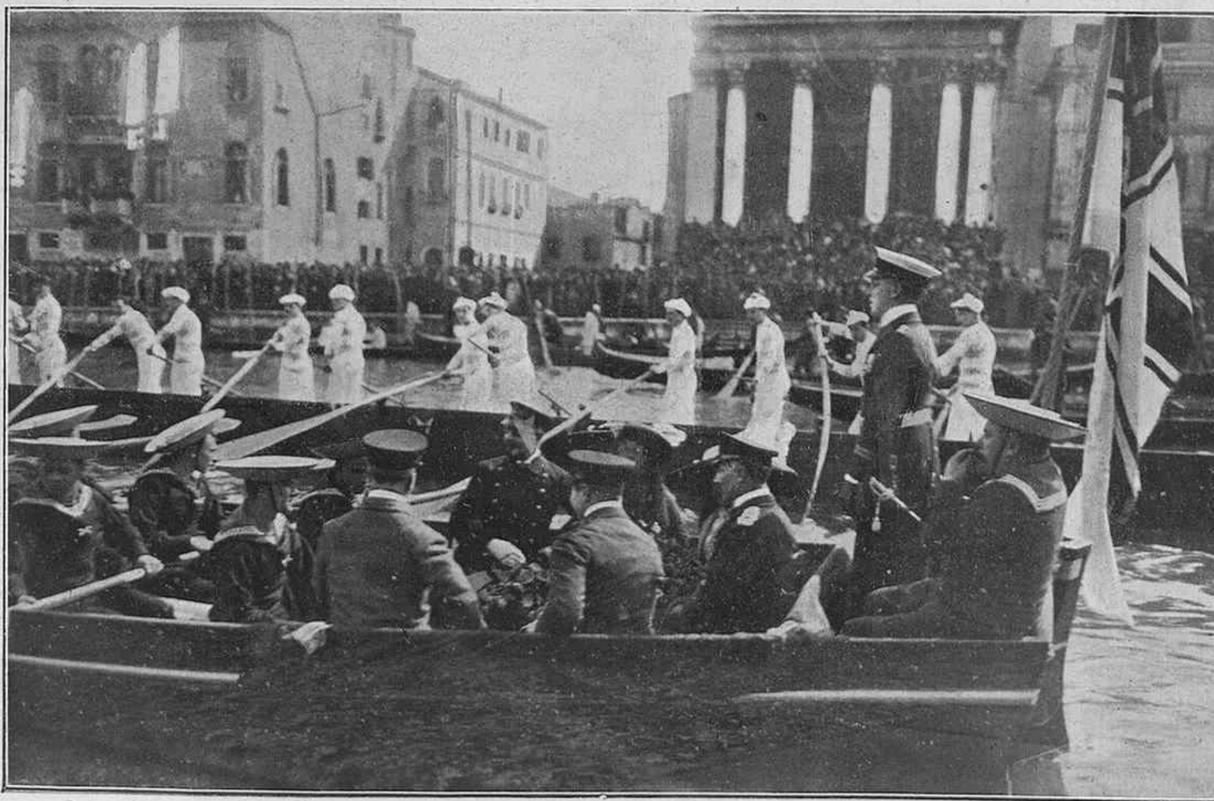
Acompañado de sus hijos el príncipe Augusto Guillermo y la princesa Victoria Luisa, y de la esposa de aquél, emprendió el día 22 de marzo último el emperador Guillermo II de Alemania una excursión a la isla de Corfú.

El día 23 lo pasaron los augustos viajeros en Viena, habiendo dado en honor suyo el emperador Francisco José en su residencia de Schoenbrunn un almuerzo íntimo y una comida de gala.

Aquella misma noche partieron para Venecia, adonde lle-

garon al mediodía siguiente, siendo recibidos en la estación por las autoridades, el embajador y el cónsul alemanes y un numeroso público que los aclamó, y embarcándose poco después en el yate imperial *Hohenzollern*.

Al día siguiente llegó a Venecia el rey Víctor Manuel III y en la chalupa real se dirigió al *Hohenzollern*, en el que permaneció hasta el mediodía, marchando desde allí al palacio real. En éste efectuóse un almuerzo en honor del emperador y de los príncipes, al que asistieron, además, el embajador de Alemania, las autoridades de Venecia y las personas que forman los séquitos de ambos monarcas. Por la noche, Guillermo II obsequió a Víctor Manuel III con un banquete que se celebró en el yate imperial y terminado el cual separáronse los dos soberanos, regresando el de Italia a Roma.



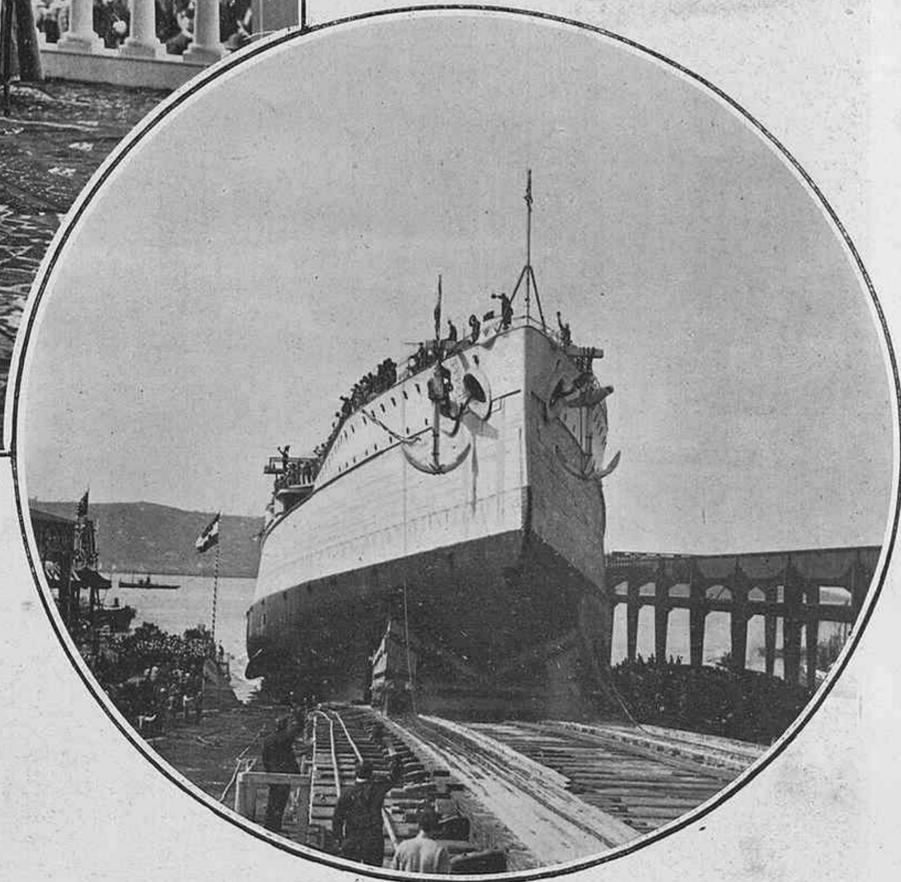
Venecia.—El emperador Guillermo II dirigiéndose al yate imperial «Hohenzollern»
(De fotografía de Argus Photo-Reportage.)

A las siete de la mañana del 26 el *Hohenzollern* abandonó las aguas de Venecia escoltado por el crucero *Kolberg* y pocas horas después llegó a la rada de la isla de Brioni, en don-

de estaban anclados treinta buques de la armada austro-húngara. El archiduque Francisco Fernando pasó a saludar al emperador, habiendo desembarcado luego todos juntos. El emperador, después de almorzar con la familia del duque, hizo una excursión por la isla, de regreso de la cual embarcóse en su yate, que levó anclas y llegó a Corfú el día 27 por la tarde.

MELILLA...ÚLTIMAS OPERACIONES EN EL KERT

El día 22 realizóse una importante operación que dió por resultado la toma de los montes Tumiat Sur, Tumiat Norte y Sammar, excelentes posiciones que dominan uno de los pasos por donde la *jarka* podía atravesar más fácilmente el río Kert y hostilizar nuestras avanzadas. Para esta operación se movilizaron 11.000 hombres distribuidos en cinco columnas que, al mando de los generales Aizpuru, Perol, Carrasco y López Herreros y del coronel Figueras, salieron al romper el día de sus respectivos campamentos. La del general Carrasco, apo-



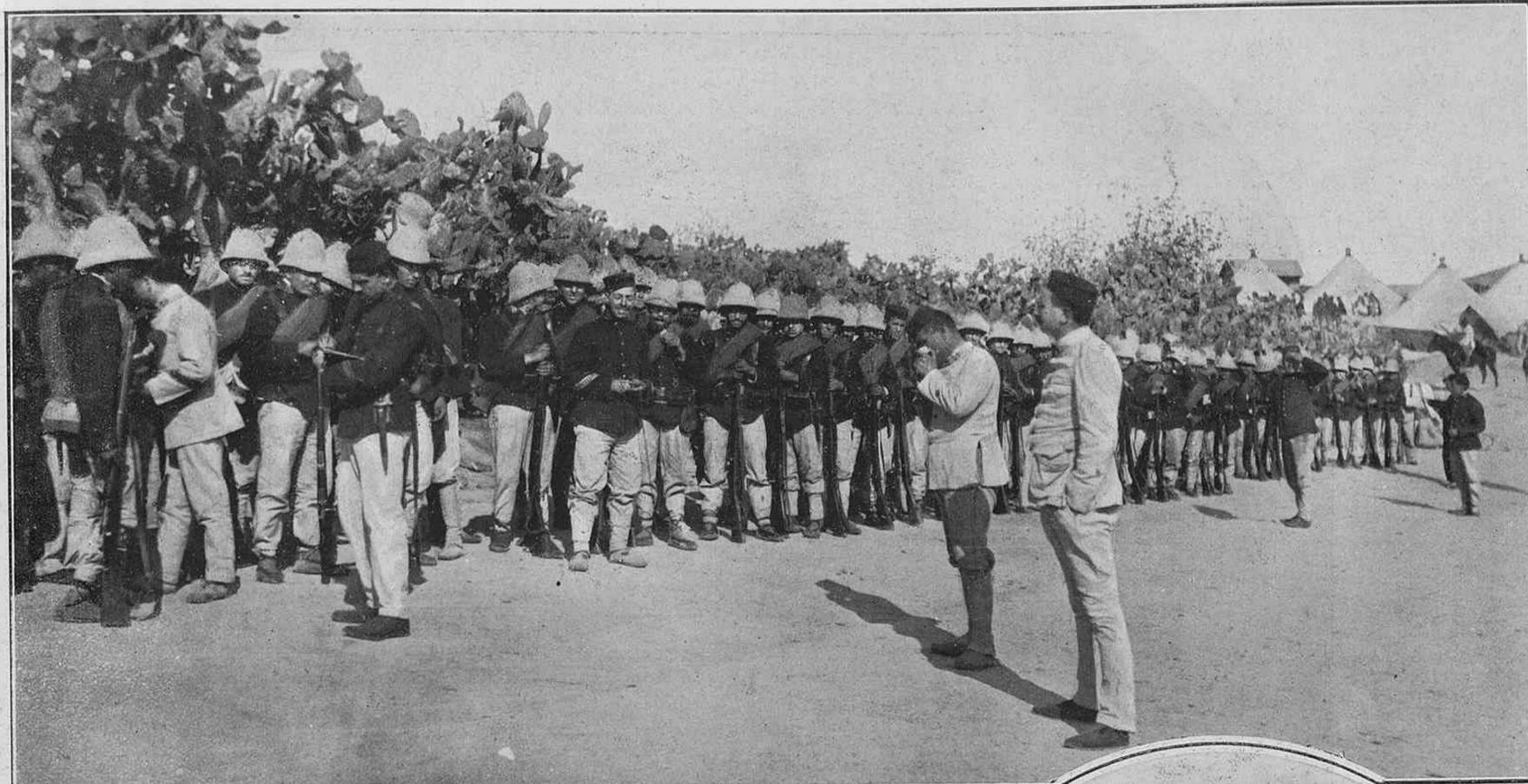
El «Tegetthoff» penetrando en el mar. (Fotografía Argus Photo-Reportage.)

yada por la del general Perol, ocupó sucesivamente los dos Tumiat con muy escasas bajas. La del general Aizpuru se posesionó, casi sin resistencia, de Sammar, mientras la del coronel Figueras marchaba por la divisoria de los barrancos Bohua y Tifasor en dirección a Izagorra. La columna del general López Herrero fué destinada como reserva a acudir donde conviniese. El general Aldave, que había dirigido la

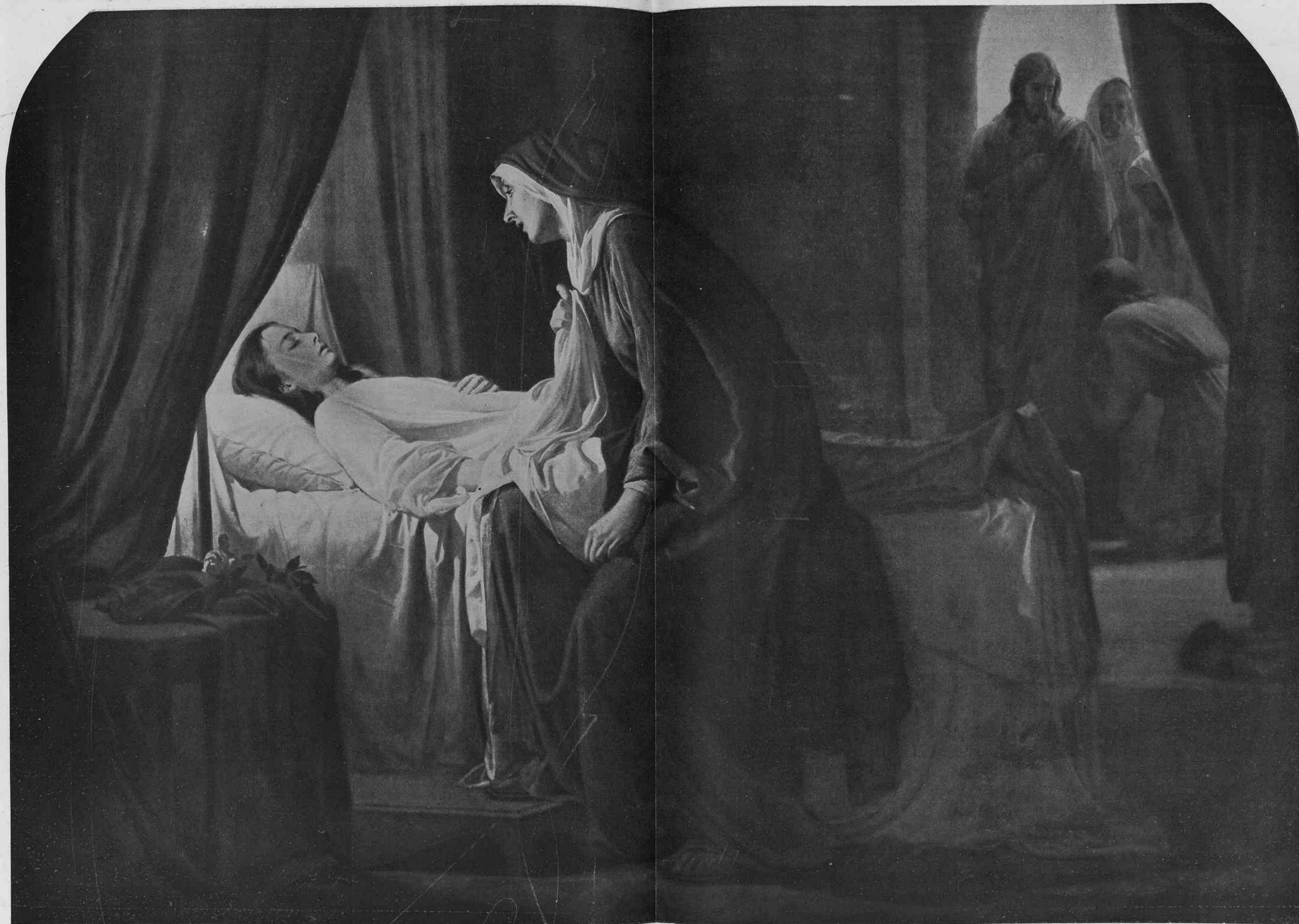
operación desde Ras el Medua, visitó a media mañana estas posiciones y desde ellas presenció el repliegue, que se efectuó ordenadamente y sin novedad. En Tumiat Sur quedó un batallón de San Fernando; en Tumiat Norte, otro batallón del mismo cuerpo y una batería y en Sammar, el general Aizpuru con tres batallones de África, dos escuadrones de caballería y una batería.

Mientras se realizaba esta operación, otra columna mandada por el general Navarro efectuó un paseo militar para evitar que los contingentes de la *jarka* procedentes del zoco El-Zebuya cruzaran el Kert facilitando así la misión de las otras cinco columnas. Durante la mañana, estas fuerzas apenas fueron hostilizadas; pero a media tarde, al emprender el repliegue al campamento de Yadumen, se trabó un sangriento combate en el que llegó a lucharse cuerpo a cuerpo y que no terminó hasta el anochecer, después de la intervención de la artillería de El Harcha y de Texdra y de un batallón de Tarifa, que salió de Yadumen para proteger el repliegue de la columna Navarro, habiéndose retirado los moros con grandes pér-

didias. Las nuestras fueron el teniente coronel Sr. López Avellaneda, tres oficiales y veintiún soldados muertos; el coronel Sr. Manzano, tres oficiales y setenta y siete soldados heridos,



Tropas formadas en Ras El Medua disponiéndose a marchar a la nueva posición de Sammar para proteger el convoy de municiones — Un escuadrón de caballería dirigiéndose a tomar el Tumiát Norte.—El general Alcáve en Ras El Medua dirigiendo la operación de la toma de los Tumiát y de Sammar.—Convoy de muertos y heridos en la carretera del Harcha encaminándose al Avanzamiento para desde allí ser trasladado en ferrocarril a Melilla.



JESÚS EN CASA DE JAIRÓ, CUADRO DEL PROFESOR CARLOS BLOCH. (Reproducción autorizada por Carlos Stender, de Copenhague.)

LA GRAN DUQUESA MARÍA ADELAIDA DE LUXEMBURGO

La muerte del gran duque Guillermo de Luxemburgo, ocurrida a consecuencia de una larga y terri-



La gran duquesa María Adelaida de Luxemburgo, que ha sucedido a su padre el gran duque Guillermo, fallecido en 26 de febrero último. (De fotografía de Kosel, comunicada por Carlos Trampus.)

ble enfermedad que desde hacía cinco años había hecho necesario el establecimiento de una regencia confiada a su esposa la gran duquesa María Ana de Braganza, era un acontecimiento previsto desde hace mucho tiempo.

En 1907, la Cámara de Luxemburgo votó un estatuto de familia por el que se proclamaba heredera de la corona a la gran duquesa María Adelaida, hija mayor del gran duque, que ahora, a la muerte de su padre, ha ocupado el trono del gran ducado.

La nueva gran duquesa, cuyo retrato publicamos adjunto, no cuenta todavía diez y ocho años, puesto que nació en 14 de junio de 1894, ha tenido hasta ahora pocas ocasiones de mostrarse a sus súbditos quienes, si se acuerdan de haberla visto niña, apenas conocen a la joven de hoy y casi se la imaginan como a una princesita de leyenda.

La gran duquesa María Adelaida ha sido educada por su madre, la infanta María Ana de Braganza,

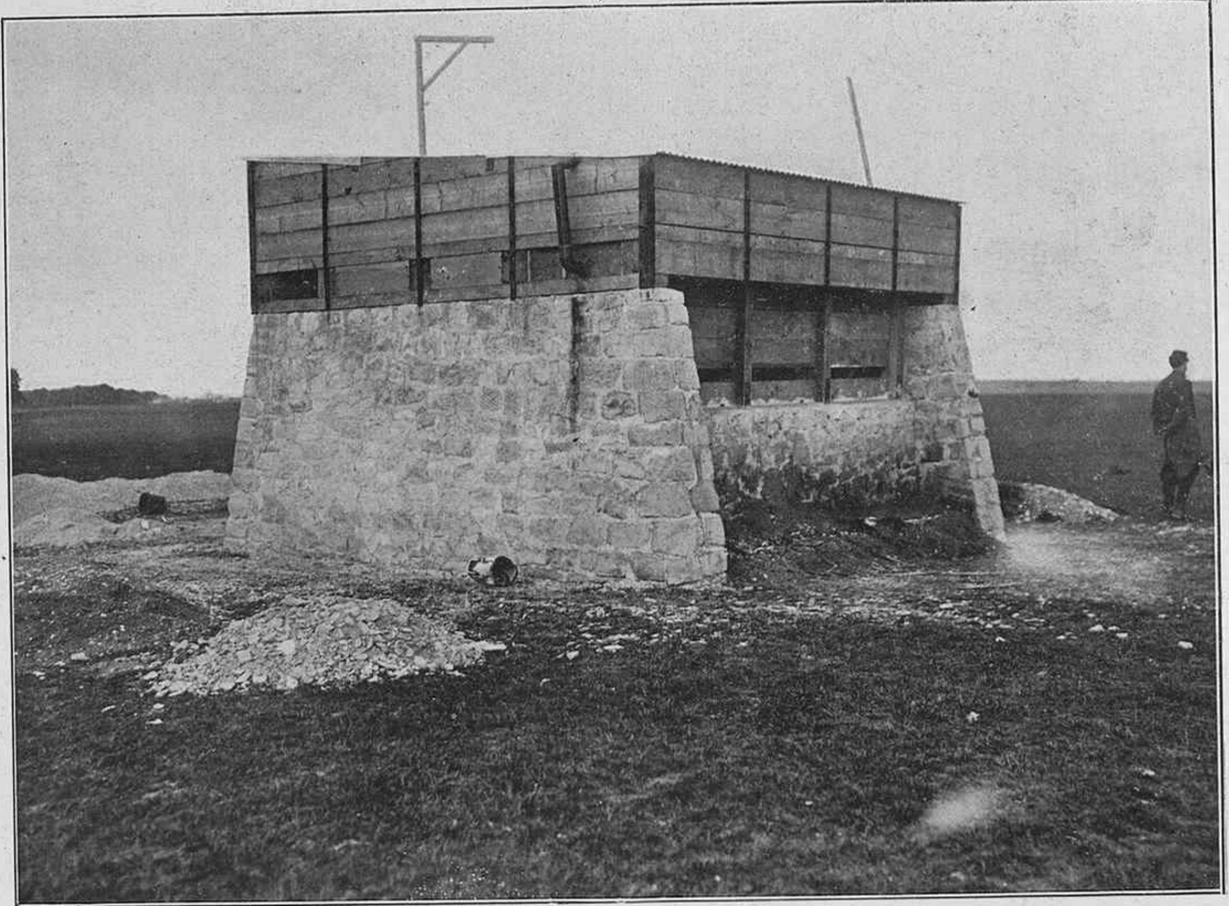
de la antigua dinastía de Portugal, y sabido es que las princesas de Braganza, que han entrado a formar parte de gran número de casas reinantes de Europa, tienen la merecida reputación de estimar en mucho las virtudes familiares y de saber inculcarlas en sus hijos.

María Adelaida ha sabido aprovechar las lecciones maternas que recibiera en su adolescencia, y a pesar de su juventud hállase perfectamente preparada para la misión importante que las circunstancias le han confiado.

Dícese que no ignora nada de las sutilezas de la diplomacia, que tiene un gran dominio de sí misma y que, sin dejar de doblegarse a las exigencias de una severa etiqueta, quiere conservar su libre criterio y no enajenar su voluntad. Estas cualidades podrán indudablemente serle algún día de gran utilidad.

nunciado a establecer si no su dominación, por lo menos su preponderancia efectiva sobre ese pequeño Estado cuyos servicios y cuyos cargos se propone monopolizar y ocupar. En el propio palacio del soberano luxemburgués ha colocado ya varios funcionarios alemanes, en tanto que los industriales de Alemania afluyen a Luxemburgo y han comenzado su conquista económica aportando allí sus capitales.

De aquí que desde ahora se prevé que la gran duquesa, en el momento en que se plantee la delicada cuestión de su matrimonio, habrá de tomar una determinación de la cual dependerá el porvenir del Luxemburgo. Para sus súbditos la elección del futuro príncipe consorte es una cuestión nacional a la que con razón conceden grandísima importancia; y la gran duquesa, que conoce su patriotismo, no parece dispuesta, en este asunto, a dejar que se fuerce su voluntad.



Concurso del aero-blanco Michelin, que próximamente se celebrará en el polígono de artillería del campo de Chalóns.—Cabaña en que se instalarán los comisarios encargados de juzgar los resultados del concurso. (De fotografía de Rol.)

Si la población de Luxemburgo, celosa de su independencia, desconfía de las ambiciones germánicas, Alemania, vecina poderosa y temible, no ha re-

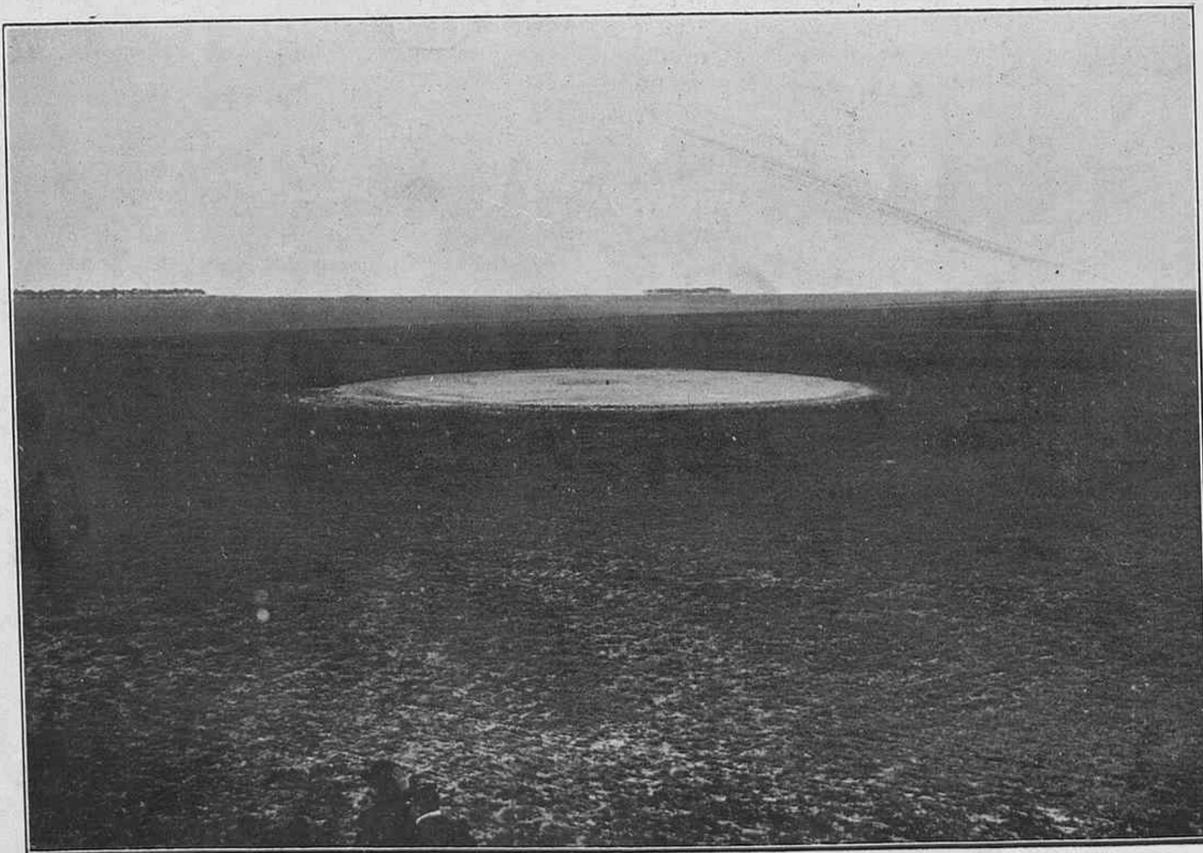
CONCURSO DEL AERO-BLANCO MICHELIN

En las maniobras efectuadas en estos últimos años por los principales ejércitos europeos, ha podido apreciarse la importancia extraordinaria que desde el punto de vista militar tiene la navegación aérea, y las pruebas prácticas que los italianos han tenido ocasión de realizar en la actual guerra de Trípoli, han confirmado plenamente las ventajas que ofrece esta nueva arma, no sólo para los reconocimientos de las posiciones enemigas, sino, además, para el lanzamiento de proyectiles sobre los ejércitos del adversario.

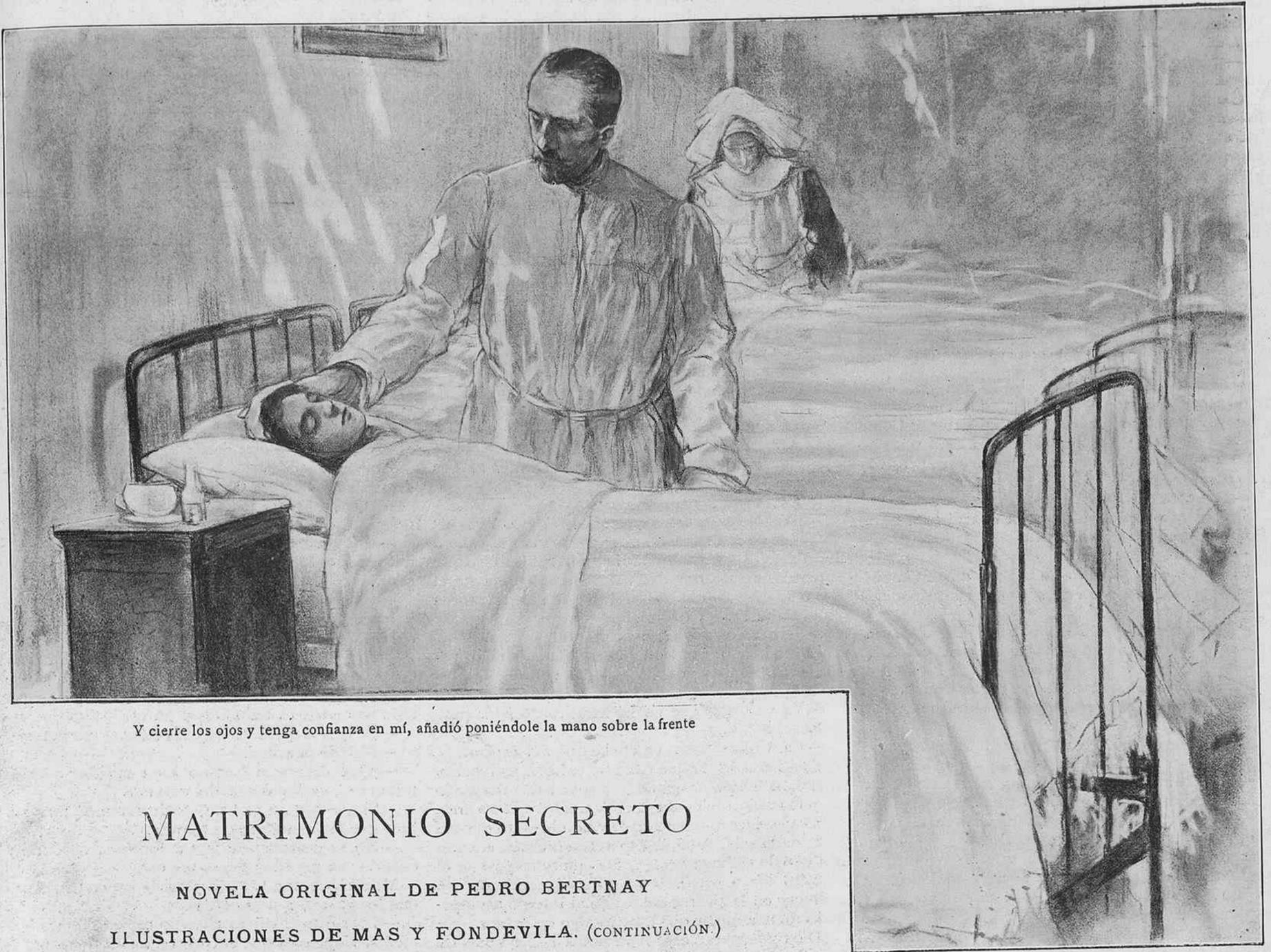
Comprendiendo la utilidad excepcional que esto último puede reportar, se han inventado varios dispositivos, de uno de los cuales, el del teniente norteamericano Scott, hemos dado noticia en el número 1.572 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, para asegurar la precisión necesaria en la puntería y se han practicado numerosos ensayos con resultados satisfactorios.

A este mismo objeto de emplear la aviación como arma ofensiva obedece el concurso del aero-blanco Michelin, que próximamente se celebrará en el polígono de artillería del campo de Chalóns. La prueba consistirá para cada concurrente en llevar en su aparato y en arrojar uno a uno, en el curso de un mismo vuelo efectuado sin descenso a una altura de 200 metros y que no ha de exceder de 30 minutos, los proyectiles reglamentarios del diámetro de 15 centímetros y de 7.100 gramos de peso. Los proyectiles han de caer precisamente en el blanco marcado en el suelo y que consiste en un círculo de diez metros de diámetro.

Las pruebas de este concurso debían haberse celebrado el 23 de marzo último, pero hubieron de suspenderse a causa de una tormenta y los comisarios las aplazaron para después de las próximas Pascuas.



Concurso del aero-blanco Michelin.—Pista de diez metros de diámetro en donde deberán caer los proyectiles lanzados por los aviadores. (De fotografía de Rol.)



Y cierre los ojos y tenga confianza en mí, añadió poniéndole la mano sobre la frente

MATRIMONIO SECRETO

NOVELA ORIGINAL DE PEDRO BERTNAY

ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA. (CONTINUACIÓN.)

Cierto que aquella vivienda distaba bastante de la Escuela de Medicina, del hospital, de las bibliotecas y de los laboratorios en donde se pasaba los días; pero en cambio el pabellón tenía su jardincito y su madre podía estar al aire libre, al sol, casi en el campo. Y además, con sus piernas de veinticinco años no le importaba caminar. Lo que a veces le mortificaba era tener que abandonar, a las horas de las comidas los trabajos de laboratorio que cada vez más le apasionaban; pero entre su comodidad y el bienestar de que gozaba su madre en aquel pabellón y en aquel jardincito de Passy, no había vacilado un momento. Y se decía:

—Mientras esto dure, mamá no se percatará de la violencia que por ella me impongo; y cuando haya terminado mis estudios y llegue adonde un día espero llegar, ya veremos.

Aunque interno en el hospital, comía casi siempre en su casa y dormía en ella todas las noches en que no estaba de guardia.

Era siempre el primero en su puesto, como era el primero de aquella juventud intelectual que había de ser la gloria de la patria.

A la pregunta que le hiciera el médico director sobre aquella enferma, respondió Claudio:

—Ya ve usted, doctor, que no se agrava, al contrario. Ahora el calor de la piel va acompañado de abundantes sudores y parece que el dolor no se exaspera tanto al contacto.

—¿Y el pulso?

—Muy frecuente, sobre todo de noche.

—¿Delira?

—Sí y durante el acceso es un chorro de palabras inagotable. No se comprende lo que dice, pero se adivina una inquietud mortal que persiste al través de sus alucinaciones.

—¿Y después del acceso?

—Siempre una reacción de sopor que la hace insensible a todos los estímulos externos, como ahora.

En efecto, la enferma parecía no oír nada de lo que pasaba a su alrededor. El grupo de estudiantes,

la hermana enfermera que le recogía los cabellos, el doctor que le había tomado el pulso, nada había hecho desviar aquella mirada perdida en el vacío, aquella mirada apagada en la que faltaba el pensamiento, casi la vida.

—¿Y estremecimientos?

—Esta noche ninguno, respondió la hermana.

—Vamos, Sr. Lecoutellier, dijo sonriendo el médico director; habrá usted tenido razón... Empiezo a creer que el primer diagnóstico era equivocado.

—Y yo tengo ahora la certeza de ello, según lo que he podido comprobar... Era tan interesante el caso... Y tan interesante también la enferma, añadió con un suspiro de compasión... He pasado horas y horas junto a ella; he seguido paso a paso el curso de la enfermedad y he visto que era lo que ya sospechaba, una metritis con accidentes extraños, desconcertantes y no la temible fiebre que se supuso; y la prueba es que mi tratamiento por los opiáceos produce su efecto y que no se presentan los síntomas de intoxicación.

—En resumen, que vive. Mi querido Lecoutellier, tiene usted el tacto médico y sería usted un clínico notable.

—Bien sabe usted que no es esto lo que quiero ser.

—Sí, ya sé que prefiere usted el laboratorio al hospital. Tanto peor para la clínica.

Y señalando a la enferma, añadió:

—Continúe usted el tratamiento que tan bien ha empezado... Se la confío a usted... Por lo demás, ya le pertenece... Y ciertamente le deberá a usted mucha gratitud.

—No nos precipitemos, protestó sonriente el interno; antes es preciso que vuelvan el sentimiento, la memoria, la vida.

—Supongo que no tardará mucho.

—¿Con qué impaciencia espero ese momento!

Y sin explicar a su jefe ni explicarse a sí mismo por qué deseaba esto con tanta ansiedad, siguió al doctor que continuaba su visita.

Pero al separarse del lecho de la enferma, reco-

mendó a la hermana que cuando aquella se despertara le avisase en seguida.

Sólo al cabo de dos días, después de una noche menos febril que las anteriores, pudo la enferma abrir por vez primera los ojos, iluminados por otro brillo que el de los sueños delirantes. No hubo que avisar a Claudio; precisamente aquella noche había estado de guardia y se la había pasado casi toda a la cabecera de aquella desconocida que tanto interés y tanta piedad le inspiraba. La enferma había delirado, pero no había sido, como en las noches precedentes, aquella lucha sorda, continua, aquellas ansiedades, aquellos terrores que agitaban convulsivamente aquel pobre semblante ya tan demacrado; no, aquella noche su agitación había sido un lamento monótono que al fin se había extinguido y al que sucedieron una o dos horas de sueño tranquilo, profundo, que casi en seguida serenó aquel rostro contraído por la angustia como por el dolor, devolviéndole algo de su belleza.

Y Claudio contemplaba silenciosamente a aquella mujer, a la que sólo conocía por el nombre escrito en el rótulo de la cama: «Manuela Casteras,» y se preguntaba quién era, de dónde venía y adónde iría.

La enferma se movió, como si aquella mirada vigorosa la oprimiese por su fijeza, y bruscamente abrió los ojos en los que había un pensamiento, puesto que en seguida se estremecieron con timidez, casi con pudor.

Entonces el interno, con voz grave y dulce y una sonrisa en los labios, la tranquilizó:

—Vamos, no se inquiete usted... No sabe usted dónde está y yo voy a decírselo. Ha estado usted enferma, muy enferma; pero se encuentra ya mejor y al presente se halla en una sala en donde la han cuidado muy bien y de la que pronto saldrá enteramente curada.

—¿El hospital!, murmuró Manuela.

—Sí, el hospital que ha sido su salvación. Ha tenido usted suerte de que la trajeran aquí, porque en la casa en donde se hallaba estaba usted perdida.

Manuela, conquistada en seguida por el extraño ascendente de aquel desconocido que le hablaba con la bondadosa autoridad de un antiguo amigo, confióse á él.

—¡Mi hija!, exclamó. Dígame dónde está, se lo ruego.

Claudio, aun comprendiendo el por qué de aquella súplica no supo qué contestar, pues ignoraba todo lo que había sucedido antes de que la enferma fuese conducida al hospital. Así es que, en extremo perplejo, contestó evasivamente:

—Nos informaremos; no se apure usted; cuanto más tranquila esté usted, tanto más pronto podrá recobrarla.

—¿Dónde está?

—Ya se lo diremos...

—¿De modo que no lo sabe usted?

Claudio no se atrevió a mentir.

—¡Oh, Dios mío, Dios mío!

Y dos silenciosas lágrimas rodaron por sus pálidas mejillas.

—Señora, dijo Claudio sintiendo una gran compasión, no llore usted, que esto retardará su curación. ¿Por qué desolarse por una cosa tan natural? Cuando la trajeron a usted, yo no estaba aquí y no he visto a nadie de los que la acompañaron; pero voy a informarme.

—¿En casa de aquella mujer?

Suponiendo que se refería a la comadrona, Claudio contestó afirmativamente.

—¿Irá usted?

El interno vaciló, pero en aquella mirada angustiosa había tal expresión de súplica, que respondió:

—Sí, yo mismo iré.

—¿Y volverá a decirme?... preguntó Manuela juntando las manos con un gesto de gratitud suprema.

—Se lo prometo; pero usted, a su vez, ha de prometerme que esperará tranquilamente las noticias que me comprometo a traerle, que no se impacientará, que no llorará...

—No lloraré, dijo con voz suplicante y ahogando un sollozo que pugnaba por salir de sus labios.

—Y ahora antes de que me vaya, tome usted esto.

La enferma bebió la poción que le ofrecía Claudio.

—Y cierre los ojos y tenga confianza en mí, añadió poniéndole la mano sobre la frente.

Manuela obedeció, y bajo la presión de la mano de Lecoutellier, que con voz grave e imperiosa le mandó que se durmiera, sus ojos se cerraron y su respiración se hizo tranquila.

—Al fin he conseguido sugerirle el sueño... Ahora, vamos a cumplir mi promesa.

Esta promesa era de fácil cumplimiento, pues en el mismo hospital le dieron en seguida la dirección de la comadrona. No tardó en llegar a la calle del Escaldado y Palmira, después de hacerle entrar en el gabinete de consulta fué a avisar a su ama que estaba atendiendo a una de sus pensionistas.

—Señora, pregunta por usted un joven, guapo, buen mozo, pero que mira de un modo que intimida.

—Trabajo le doy si ha de intimidarme a mí con la mirada, respondió Serafina encogiéndose, de hombros.

Bajó al despacho, y Claudio después de darse a conocer como interno del hospital, le expuso el objeto de su visita.

—Vengo a pedirle un informe relativo a una pobre joven a quien usted hizo llevar al hospital...

—¿Ha muerto, no es verdad?

—No señora, y esta mañana está bastante bien.

Toda la vehemencia que la comadrona puso en preguntar si su expansionista se había muerto, convirtióse en frialdad y aun en preocupación al enterarse de su verdadero estado.

—¿De veras? Pues yo habría jurado..., respondió.

Y su malestar fué tan visible que Claudio fijó en ella una de aquellas miradas que, según ella no la intimidaban y que, sin embargo, le causó cierta turbación, como si se diera cuenta de que aquel hombre leía en lo más hondo de su secreto, de su mal pensamiento. Pero haciendo un esfuerzo por mostrarse tranquila, le preguntó qué informe deseaba.

—Respecto de la niña, respondió Claudio.

—Se la llevó la nodriza a su casa.

—¿Y en dónde vive?

—No lo sé...

Pero al ver que el interno fruncía el entrecejo, añadió con toda su volubilidad:

—Sin embargo, se lo diré en cuanto haya consultado mi libro... ¿Qué interés puedo tener en ocultarlo?.. Aquí está.

La nodriza vivía bastante lejos, en el fondo de las Batignolles. Era una muchacha alta, planchadora, que había tenido un desliz, pero que filosóficamente había tomado el partido de aprovecharse de él, im-

provisándose nodriza, lo cual no le impedía trabajar en su oficio, mientras cuidaba hasta cierto punto a su cría. Había tenido suerte porque aquella señora le había pagado sin regatear lo que le pidiera por su primer mes y anticipado doscientos francos para la canastilla; y aunque no había gastado la mitad de aquella cantidad, preparaba una cuenta de más del doble. Estaba, pues, satisfechísima del presente y veía de color de rosa lo porvenir, un porvenir de un año al menos. Sólo había una nube en su firmamento: cuando la señora Lardinois la había enviado a su casa con la niña, la señora estaba muy enferma; ahora bien, si moría ¿en qué pararía todo aquello? Y a menudo pensaba en lo engorroso que sería si la madre faltase y ella hubiera de quedarse con la criatura.

En esto pensaba precisamente cuando vio presentarse en su casa a aquel buen mozo que sin preámbulos le preguntó:

—¿Es usted el ama de una niña que hace poco le entregaron en la calle del Escaldado?

—¿En casa de la señora Lardinois? Sí, señor.

—Pues vístala con esmero y véngase conmigo?

—¿A dónde?

—Al hospital, para enseñársela a su madre.

—¿No está ya en casa de la comadrona? Estaba muy enferma.

—Está mejor.

—¡Ah! No sabe usted cuánto me alegro. Ya tenía yo ganas de ir a saber de ella; pero como la señora Lardinois es tan poco amable y me había dicho que si ocurría alguna novedad me avisaría, no me atreví a ir a su casa. Si hubiese sabido que se encontraba en el hospital... ¿Y está mejor?

—Sí; pero despache usted pronto.

La nodriza, mientras hablaba, lavó a la niña, púsole ropa limpia y cuando la hubo vestido, la mostró a Claudio.

—Ya ve usted que no he escatimado nada para que esté bonita.

—Ea, vamos; tengo un coche que nos espera.

Tres horas hacía que Claudio se había marchado, y hacía mucho rato que Manuela se había despertado y faltando a su promesa al doctor, se agitaba en la cama y se incorporaba a cada ruido insólito que oía en la vasta sala. Aunque esperaba confiada, el corazón batíale violentamente... De pronto creyó que el corazón iba a estallar en el pecho, cuando vio aparecer en la puerta del fondo al interno acompañado de una mujer que llevaba algo en brazos.

¡Dios misericordioso! Aun podía haber horas de felicidad para aquella pobre mujer, puesto que en aquel momento todo en ella era alegría, ternura, amor. La niña, su niña, estaba allí junto a ella, apretada sobre su pecho; y ella colmaba de locas caricias aquellos ojos, aquellas mejillas regordetas, aquella boquita sonrosada.

—¡Vamos, aquí la tiene usted!, decíale Claudio con los ojos humedecidos.

Sólo entonces Manuela se dirigió a él, sonrojándose como si hubiese cometido una falta.

—¡Oh, caballero! ¡Y aun no le he dado las gracias!

—Me las ha dado en las mejillas de la niña.

—No, soy una olvidadiza... Pero, ¡ha sido tanta mi alegría!.. La primera después de tantos días... Bien merezco perdón.

—Pues hay que hacer provisión de esta alegría, dijo Claudio sonriéndose, porque ella le dará la fuerza y la salud.

—¿Me la dejarán todavía un poco?

—Sí, pero no mucho, porque la alegría es un cordial que hay que medir.

Y al ver la cara triste que ponía, añadió:

—La verá usted todos los días, se lo prometo.

Salió y cuando volvió al cabo de una hora, dijo a la enferma:

—Vamos, despídase de su hija hasta mañana. Voy a ponerme de acuerdo con la nodriza. Quiero que pase usted una buena noche.

—¡Oh, sí, pensando en mi pequeña Rolanda!

—Y volveré en seguida para ver cómo cumple usted mis prescripciones.

De todas las personas con quienes había estado en contacto Manuela, durante tantos días de duelo, de desesperación y de ultraje, Claudio era la única que se había mostrado compasiva y buena para ella; la única que, en medio de su desaliento, le había aportado un poco de alegría llevándole a su hija. No le conocía más que por el nombre de «señor Lecoutellier», que oía pronunciar a los médicos, a los estudiantes y a las hermanas; pero veía que ejercía una autoridad en aquella sala del hospital, cuyo personal obedecía sus órdenes, y que, aun en las horas en que nadie era admitido en el establecimiento, había podido hacer pasar allí largos ratos a la nodriza

que, con la niña, le llevaba la voluntad de curarse y de vivir.

Y como la confianza nace muy pronto en los aislados que han encontrado de repente en la muchedumbre indiferente u hostil, una compasión, una amistad; y como los desgraciados sienten la necesidad irresistible de confiar sus desdichas, Manuela, cuando el Sr. Lecoutellier se detenía junto a su cama, se había ido espontáneamente insensiblemente y había hablado de sí y de su hija a aquel joven que la escuchaba con paciencia primero, con curiosidad después y por último con un interés de que él mismo se asombraba.

Desde los primeros días de su convalecencia, que había de ser muy larga, había tenido un espanto terrible. ¿Qué había sido de su pequeña fortuna que, por algunos años al menos, la ponía a ella y a su Rolanda al abrigo de la miseria? Y naturalmente había pedido consejo y ayuda al Sr. Lecoutellier. Aquella fortuna, relativamente considerable, estaba encerrada en una cartera que ella había puesto debajo de la almohada en casa de la comadrona. Conducida en lamentable estado al hospital, ¿qué había sucedido, después de su partida, en aquella habitación que acaso ocupaba ya otra desgraciada?

Aquella confianza, la primera, había emocionado profundamente a Claudio.

—¿Qué cantidad tenía usted en aquella cartera?, preguntó a Manuela.

—Cinco bonos del Banco Nacional de México, de mil pesos cada uno, y algunos billetes y dinero franceses.

—Cinco mil pesos representan unos veinte mil francos. ¡Qué imprudencia llevar esta cantidad encima!

—Soy extranjera; acababa de llegar a Francia y ese dinero, junto con otros seiscientos pesos que cambié antes de salir de México y de los que he gastado una parte es todo lo que poseo.

—¿Y qué le quedaba de esos seiscientos pesos?

—Más de la mitad.

—¡Qué desgracia que no haya sabido yo antes todo esto!, exclamó agitado, nervioso.

—Si esa cartera se ha perdido seremos más pobres que los mendigos de la calle.

—No se desconsuele usted todavía... ¿Dónde y cuándo son pagaderos esos bonos?

Manuela le nombró una casa de banca parisiense que los pagaría a diez días vista.

—Diez días... díjose Claudio calculando rápidamente. Hace más que la trajeron aquí... Pero ¿aquella bribona no se habrá atrevido aún a exhibir nada y menos a negociar... Quedó tan contrariada cuando supo que nuestra enferma no se moría... Parecía desear tanto esa muerte..., contar tanto con ella; es claro, la esperaba para poder realizar su robo sin peligro.

Luego, dirigiéndose a Manuela, le dijo:

—Tenga usted confianza, llegaremos a tiempo.

Pidióle algunos datos más concretos, tomó una nota y se fué repitiendo:

—Tenga usted confianza.

—En usted la tengo entera, respondió Manuela.

Por segunda vez en tres días la casualidad, que sirve de disfraz a la Providencia, iba a poner frente a frente a Claudio Lecoutellier y a Serafina Lardinois; pero ahora el interno tenía que habérselas, además, con otro adversario, Arsenio Pastouret.

Cuando Serafina, después de haberse desahogado de Manuela, abrió, en el misterio de su gabinete de consulta aquella cartera que sin reparo se adjudicaba, quedó deslumbrada. Había allí una fortuna; pero no bastaba poseer ésta, sino que era menester realizarla y para proceder a tan delicada y peligrosa operación, había sido preciso recurrir a los conocimientos del único hombre a quien ella osaba, sin avergonzarse, confiárselo todo y pedirselo todo. Sabía que la consulta le costaría cara, pero pensaba que si Arsenio se quedaba con la mitad sería a condición de que él corriera con todos los riesgos. Y en esa situación de ánimo fué a enseñar el contenido de la cartera a Pastouret.

—Magnífico, dijo éste.

—Sobre todo porque esa mujer no tiene vida más que para dos o tres días, y una vez muerta y enterrada, nadie se preocupará por ella.

—Y podremos cobrar esa cantidad sin miedo a reclamación alguna. Esperemos, pues.

Una semana después, Serafina volvió a casa de Pastouret.

—¿Qué hay?, preguntó el agente al verla.

—Un contratiempo. Esa mujer no sólo no ha muerto sino que está mejor y es capaz de curarse para fastidiarnos. ¿Qué haremos?

—¿Devolverle su dinero? ¡Eso nunca!

—Pero si se cura y reclama...

—Deja que venga. Se me ocurre algo todavía; el caso no es desesperado.

—¡Ay Arsenio! ¡Si me sacas del atolladero!..

—Me habré ganado la mitad. ¿Es esto lo que quieres decir?

No era esto precisamente, mas como esperaba esta acometida y necesitaba de él, respondió:

—Iba a proponértelo, con tal que corras con todos los riesgos.

—¿Unos cuantos años de cárcel? Bueno, arrostraré el peligro... Tengo una idea y cuando venga esa mujer...

Pero no fué la mujer quien se presentó.

Aquel día precisamente disponíase a explicar su idea a Serafina cuando entró Palmira en el despacho.

—Señora, está aquí aquel joven..., el interno..., el que quería saber las señas de la nodriza.

—¿Qué demonios querrá ese bergante?, exclamó Serafina con un gesto de impaciencia.

Lo que quería pronto lo supo.

—Señora, díjole Claudio, vengo de parte de la señora Casteras a suplicarle que me entregue una cartera que tenía debajo de la almohada..., y que usted se olvidó de llevar al hospital.

Serafina lanzó una rápida mirada a Pastouret, como diciéndole: «Contesta tú que corres con los riesgos del negocio.»

Arsenio, comprendiéndola perfectamente, tomó la palabra y con el acento más amable dijo:

—Una cartera... Sin duda estará usted equivocando; aquí no hay más que una maleta que está a la disposición de esa señora cuando hubiere pagado, como es justo, los gastos de su estancia en casa de la señora Lardinois.

Lecoutellier vió en seguida con quién tenía que habérselas: aquel hombre era el cómplice, el director, el jefe de la asociación, el verdadero adversario. Y atacando directamente al enemigo, como era su costumbre, preguntó:

—¿Con qué título, caballero, contesta usted por esa señora? ¿Pariente, marido, cointeresado?

—Abogado consejero, simplemente.

—En asunto tan sencillo como éste el consejo es innecesario. Reclamo un objeto...

—Que la señora no tiene.

—Tal vez no lo ha buscado bien...

—Sí, señor, muy bien.

—Me permitirá, sin embargo, que lo busque yo.

—Caballero, su pretensión es por demás singular... En una casa que no es la suya ¿y con qué título?

—¡Oh, cálmese usted! Buscaré, pero no aquí.

—Y hará usted bien. Si la señora Casteras ha perdido una cartera fuera de esta casa, a nosotros no nos importa; si otras personas se han apoderado de ella ¿nosotros qué tenemos que ver con ello? A esa señora la traen aquí gentes extrañas y se la llevan personas a quien no conocemos y a las que la señora Lardinois entregó las ropas de la enferma; quizás entre éstas se hallaba la cartera. ¿Y puedo saber si el robo, caso de que lo haya habido, se efectuó cuando la trajeron o cuando se la llevaron? ¿Y qué sé yo si en este mismo momento el mismo ladrón no se dispone a negociar?..

Se detuvo, comprendiendo que iba a hablar demasiado, y prudentemente preguntó:

—Pero en fin, ¿qué contenía la cartera?

—Esto se lo dirá a usted el procurador imperial.

—¡Palabras! Antes de informar contra personas..

—Se indaga acerca de los testigos que han visto, y esto es lo que voy a facilitar al procurador.

Tranquilamente se levantaba ya para salir.

Arsenio tuvo un momento de irresolución. Contra una reclamación de aquella extranjera sola, a la que pondría en situación desairada haciendo intervenir a la familia de Aspremont, se habría arriesgado y hasta tenía ya escogido al tercer ladrón que iría a cobrar los bonos permaneciendo él desconocido, y una vez cobrado el dinero ¡vaya usted a saber dónde esa mujer, tan traída y llevada, perdió o se dejó robar la cartera. Pero con aquel demonio de hombre que hablaba ya de testigos que «habían visto» y que se guardaba de designarlos de antemano; con aquel mozo de mirada tan penetrante a quien no se manejaría con la misma facilidad que a la pobre mujer; con aquel exaltado que empezaba por hablar del procurador y luego añadía: «Por otra parte, sus bonos que aun no han sido presentados a la casa de banca, están denunciados y el que se presente a cobrarlos puede estar seguro de dormir en la cárcel...»

No, con aquel sujeto no le convenía la lucha. El negocio había fracasado y era preciso capitular cuanto antes y en las mejores condiciones posibles. Por esto, levantándose al mismo tiempo que Claudio, le dijo deteniéndole:

—Caballero, no nos precipitemos; aquí todos somos personas honradas que buscamos la verdad. ¿Y

no podría ser que un objeto tan pequeño como un aperrogo tivas de las personas de mi condición. cartera se hubiese deslizado debajo de los colchones? Señora Lardinois, vaya usted a ver, busque bien. Usted misma se desesperaría si por negligencia suya se causase un perjuicio a aquella dama. Por lo demás, añadió para mitigar un poco el dolor de la comadrona, si la cartera está tan repleta como parece, habrá en ella con qué pagar los honorarios de usted que, como ese caballero comprenderá, ascienden a una cantidad importante.

Serafina salió consternada para volver a los cinco minutos con la cartera encontrada por la mayor de las casualidades. Aquel par de bribones habían sido vencidos en su propio terreno.

Una vez más volvía Claudio al lado de Manuela habiendo cumplido su promesa.

—Aquí está la cartera y ahora no vuelva usted a perderla. ¿Qué piensa usted hacer con ese dinero?

Manuela lo ignoraba. Hacía un mes que vivía en un vértigo y ahora que éste comenzaba a disiparse, el porvenir se le aparecía aún más sombrío y más temible.

En cuanto a Claudio, hartó comprendía que aquella mujer, aquella criatura exquisita, a quien cada día de convalecencia restituía un atractivo delicado, una gracia instintiva, no era una aventurera, sino una desgraciada, una pobre naufraga de la vida a quien había que salvar. Y como sobre este particular tenía sus ideas propias, decíase:

—La casualidad no existe; en este mundo todo se enlaza, todo obedece a una ley de armonía. Y esta ley misteriosa es la que me ha puesto en presencia de esta moribunda y la que ahora me impone el deber de continuar mi obra salvadora.

Y entonces fué cuando llamó resueltamente a la puerta de aquella alma encerrada en sí misma y que respondió al llamamiento abriéndose tímidamente primero y luego cada vez más confiada.

Ahora Claudio sabía toda la triste historia de la viuda de Aspremont y su piedad habíase convertido en inmenso enternecimiento. ¡Pobre enamorada, pobre esposa que ni siquiera tenía el derecho de llevar el nombre de aquel de quien llevaba luto! ¡Pobre madre que no podía dar a su hijo el nombre del padre que la concibiera!

Cada día sentábase junto a su cama como un viejo amigo para hablar de todo aquello.

—Dentro de un mes, quizás antes dejará usted el hospital. ¿Qué hará usted?

—No lo sé.

—Pues hay que buscar. Busquemos juntos. ¿Volver a México?

—¡No, no!, respondió con espanto. ¡Volver a aquel país en donde lo perdí todo, de donde salí expulsado y en donde sólo podría recibir nuevos ultrajes!

Su esperanza estaba puesta en Francia, por un sentimiento instintivo de justicia, por la vaga confianza en una rehabilitación para ella y sobre todo para Rolanda. Y Claudio, respetando aquella fe, se guardaba de combatir aquellas ilusiones..., o tal vez aquellos presentimientos.

—Sí, le decía, tiene usted razón ha venido usted obedeciendo las órdenes de un moribundo, y los moribundos tienen visiones ultraterrenas. Es menester quedarse aquí animosa, resignada, imponiendo el respeto por la limpieza de su vida... Y ahora hablemos del dinero; es preciso no gastarlo poco a poco para no encontrarse un día sin ningún recurso, pues en un momento de crisis, buena o mala, puede necesitar usted una cantidad importante. Compraré a usted valores sólidos y fácilmente realizables cuya renta asegurará a usted cuando menos el pan cotidiano, y que, cuando lo desee, podrá usted convertir en dinero. ¿Le parece bien?

—¡Oh, sí! Acepto todo lo que usted me aconseje.

—Pues entonces, obligaciones de ferrocarril al portador que le producirán unos mil francos de renta. Con esto se vive..., bastante mal, por supuesto; pero es la existencia material asegurada para usted y para su hija.

—Además, quisiera trabajar, dijo Manuela tímidamente.

Claudio miró enternecido aquellas pequeñas manos tan delicadas, tan aristocráticas que suplicaban que se les enseñase la fatiga; pero luego, como proclamando una verdad que le parecía primordial, exclamó:

—Trabajar, sí. El trabajo es la nobleza de la humanidad, la salud del alma; pero, añadió sonriendo, cada cual ha de realizar una tarea proporcionada a sus fuerzas, y esas manos no están acostumbradas a las labores serviles y sería lástima verlas deformarse en tales labores. Vamos a ver, dígame usted ante todo qué es lo que sabe.

—Nada o casi nada de lo que hoy podría serme útil; en mi país, la ociosidad es una de las absurdas

—Sí, ya lo sé, repitió Claudio como hablando consigo mismo. Así se aniquilan buenas voluntades y energías.

—Y, sin embargo, me gustaba el estudio.

—Y ha aprendido admirablemente el francés.

—Casi lo mismo sé el inglés.

—Y no añade usted el castellano.

—Naturalmente, como que es mi lengua natal.

—Veo que ha trabajado usted mucho.

—En algo había de ocupar mi inteligencia. ¡Vivía tan sola en casa de mi padre! Desde muy niña, habíame éste confiado a un anciano sacerdote, un emigrado carlista, que se complacía en enseñarme todas las cosas bellas y poco prácticas que sabía..., y sabía mucho. ¡Pobre don Blas que vivía en el mundo inmaterial de sus poetas y de sus filósofos, que tan dichoso se sentía de darme lecciones y tan orgulloso estaba de mi atención y de mis progresos! Mejor hubiera hecho dotándome de una buena escritura que no tengo, de enseñarme la teneduría de libros que ignoro, haciéndome leer menos versos y más tratados de aritmética, de la cual decía que era cosa del intendente que toma las cuentas a la cocinera. Ya ve usted si era poco práctico el bueno de don Blas, añadió dejando asomar a sus labios su linda sonrisa de otros tiempos.

—¿Y música?

—Al buen señor le horrorizaba. Lo que sé lo he aprendido sola; un poco de piano y nada más.

—¿Y dibujo?

—Me enseñaron, como a todas las muchachas, a pintar una acuarela. Y éste es todo mi inútil bagaje científico.

—¿Inútil?.. No quiero contestar a usted todavía, porque nada cierto puedo decirle y no quisiera darle una falsa alegría; pero tenga usted confianza como la ha tenido hasta ahora, señora...

Vaciló, no sabiendo cómo llamarla.

—Llámeme señora Casteras, dijo Manuela con dulce resignación. Mi Rolanda y yo no tenemos más que este nombre, puesto que nos niegan el derecho de usar el que nos pertenece.

—Este nombre es para usted una injusticia; llévelo, pues, de modo que no sea ni una humillación ni un obstáculo el día en que pueda usted recuperar el de Aspremont.

—¿Llegará ese día?

—¿Y la gran ley, la ley de armonía, la que yo invoco siempre?, exclamó Claudio sonriendo. Yo creo en ella firmemente; crea y espere en ella usted también.

—Tengo puestas mi fe y mi esperanza en Dios.

—Tal vez sea el mismo misterio al que usted y yo damos nombres distintos.

Y con ademán resuelto añadió:

—Voy a ocuparme de usted, señora Casteras.

XI.—EN PASSY

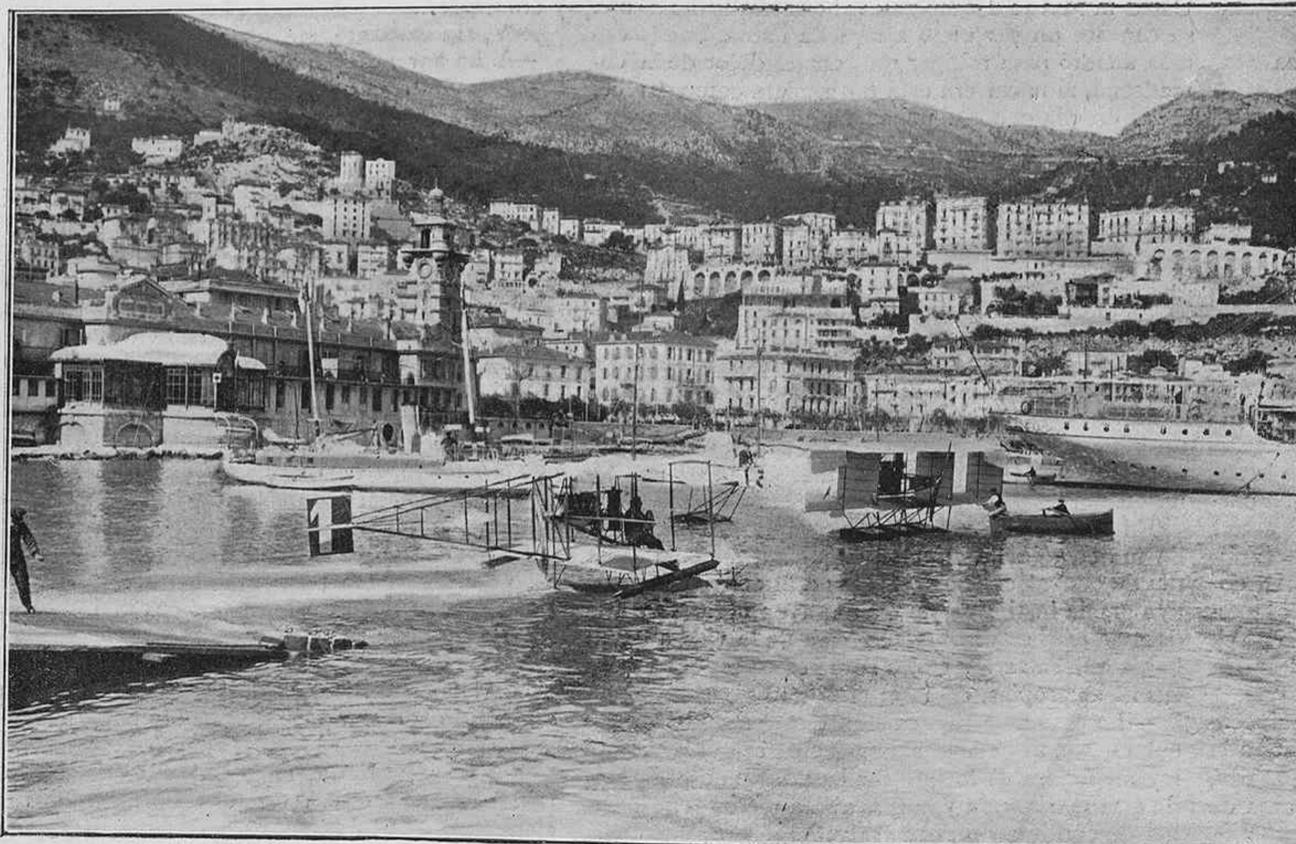
En el pabellón de la calle de la Torre, junto al fuego que calentaba el pequeño comedor, la señora de Lecoutellier hacía calceta, confeccionando calcetines de lana para su hijo, pues los de las tiendas son caros y duran poco. Para aquel trabajo familiar a sus dedos no necesitaba mucha luz, bastándole la claridad de la lámpara suspendida del techo. Calentábase las puntas de los pies, porque venía del jardín y en mayo las veladas son frescas, mientras su vieja criada Rosalía ponía la mesa.

La señora de Lecoutellier era una mujer de cincuenta años, bajita, regordeta, activa y laboriosa, que se habría creído la criatura más desgraciada, si no hubiese podido ocupar las manos al mismo tiempo que la cabeza. Hija de campesinos del Jura, campesina se había conservado en aquel París, al que no había podido acostumbrarse; pero era preciso vivir en este París, en donde su Claudio estaba en camino de ser un hombre eminente, ilustre. Aquel mozo alto, guapo, que para ella seguía siendo el niño a quien se acaricia y se mima, era su alegría, su orgullo, su adoración; y cuanto más le veía elevarse, cuanto más con su instinto de madre dichosa le adivinaba superior a los demás, cuanto más se estremecía de orgullo al saber un nuevo triunfo de su Claudio, tanto más deliciosamente gozaba de aquel cariño filial que conservaba toda su espontaneidad, toda su ingeniosidad.

Sí, aquel sabio laureado en la Escuela de la Facultad, cuyo nombre citaban de continuo los periódicos científicos nacionales y extranjeros, y cuyos trabajos sobre «los infinitamente pequeños del organismo» arrojaban nuevas luces que tal vez revolucionarían la Medicina y la Cirugía, era su hijo que la llamaba «mamá» y le daba ruidosos besos levantándola en sus brazos como una pluma.

(Se continuará.)

MONTE CARLO.—CONCURSO DE HIDRO-AEROPLANOS. (Fotografías de Branger y Rol.)



El Triad Curtiss y el Canard Voisín en el momento de su partida

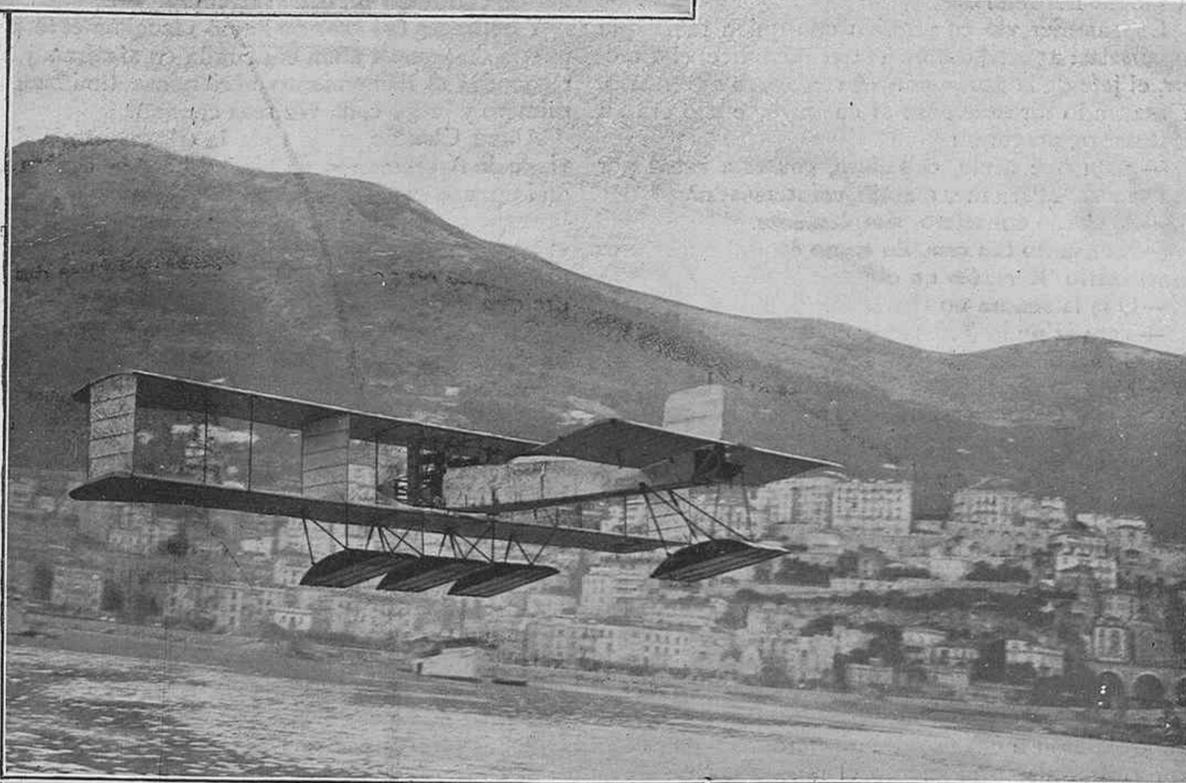
Organizado por el International Sporting Club de Mónaco se está celebrando actualmente en Monte Carlo un concurso de hidro-aeroplanos que ha despertado gran interés y cuyas pruebas han sido presenciadas por un enorme gentío.

Los aparatos inscritos para este concurso han sido ocho: Triad Paulhán Curtiss, Triad Curtiss, Canard Voisín, Mauricio Farmán, Schánchez Besa, Caudrón Fabre y Enrique Farmán, tripulados respectivamente por Paulhán, Robinsón, Rugere, Renaux, Benoist, Caudrón y Fischer.

Las pruebas han sido seis: partida en agua tranquila, descenso en agua tranquila, partida en agua agitada, descenso en agua agitada, descenso en la playa y partida de la playa.

Los premios que se disputan son: de 8.000, 4.000 y 3.000 francos; además se concede una indemnización de 2.000 francos a los aparatos no clasificados.

El día 23 del mes pasado, víspera de la inauguración del concurso, a pesar de la violencia del



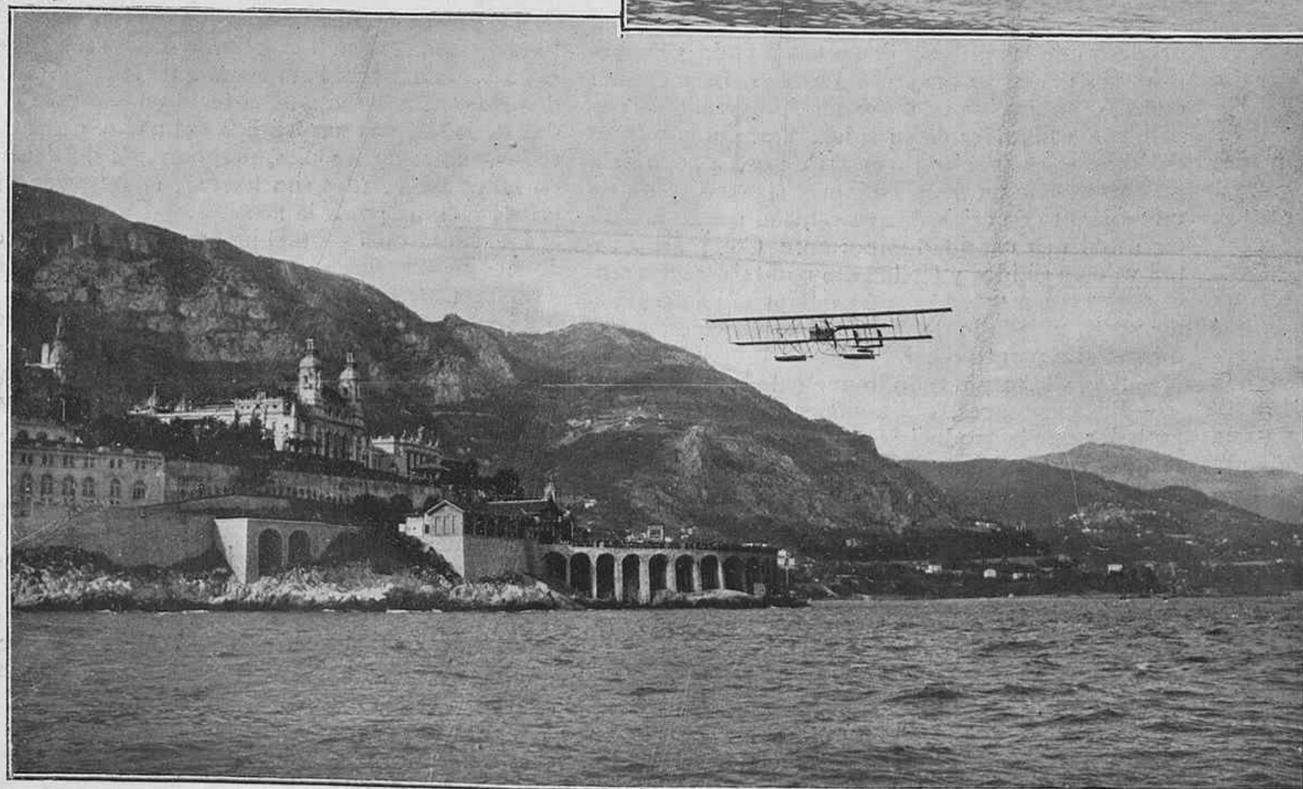
Vuelo de Colliex en el Canard Voisín

tierra y sin tocar el agua y en seguida tomar el vuelo, volver a pasar la indicada línea y posarse en el agua. Fischer, Paulhán, Robinsón y Caudrón realizaron estas pruebas, resultando la clasificación siguiente para los dos primeros días: Fischer, Paulhán, Robinsón, Caudrón, Renaux, Colliex y Benoist.

El héroe del tercer día fué Renaux, cuyos magníficos vuelos provocaron el entusiasmo del público, especialmente uno planeado por encima del palacio del príncipe, después del cual descendió de un modo admirable a la entrada del puerto. Baste decir que en aquella sesión le fueron adjudicados 28'5 puntos, mientras que Fischer, que es el que más obtuvo de todos los otros, sólo alcanzó 10'5. La clasificación general después de aquella jornada fué: Fischer, Paulhán, Robinsón, Renaux y Caudrón.

El día 27 volaron todos los aviadores, habiendo la mayoría de ellos realizado sin novedad las pruebas correspondientes, que consistían en las mismas del primer día, pero con viajeros. Los aviadores quedaron clasificados por este orden: Fischer, Paulhán, Renaux, Robinsón, Colliex-Rugere, Caudrón y Benoist.

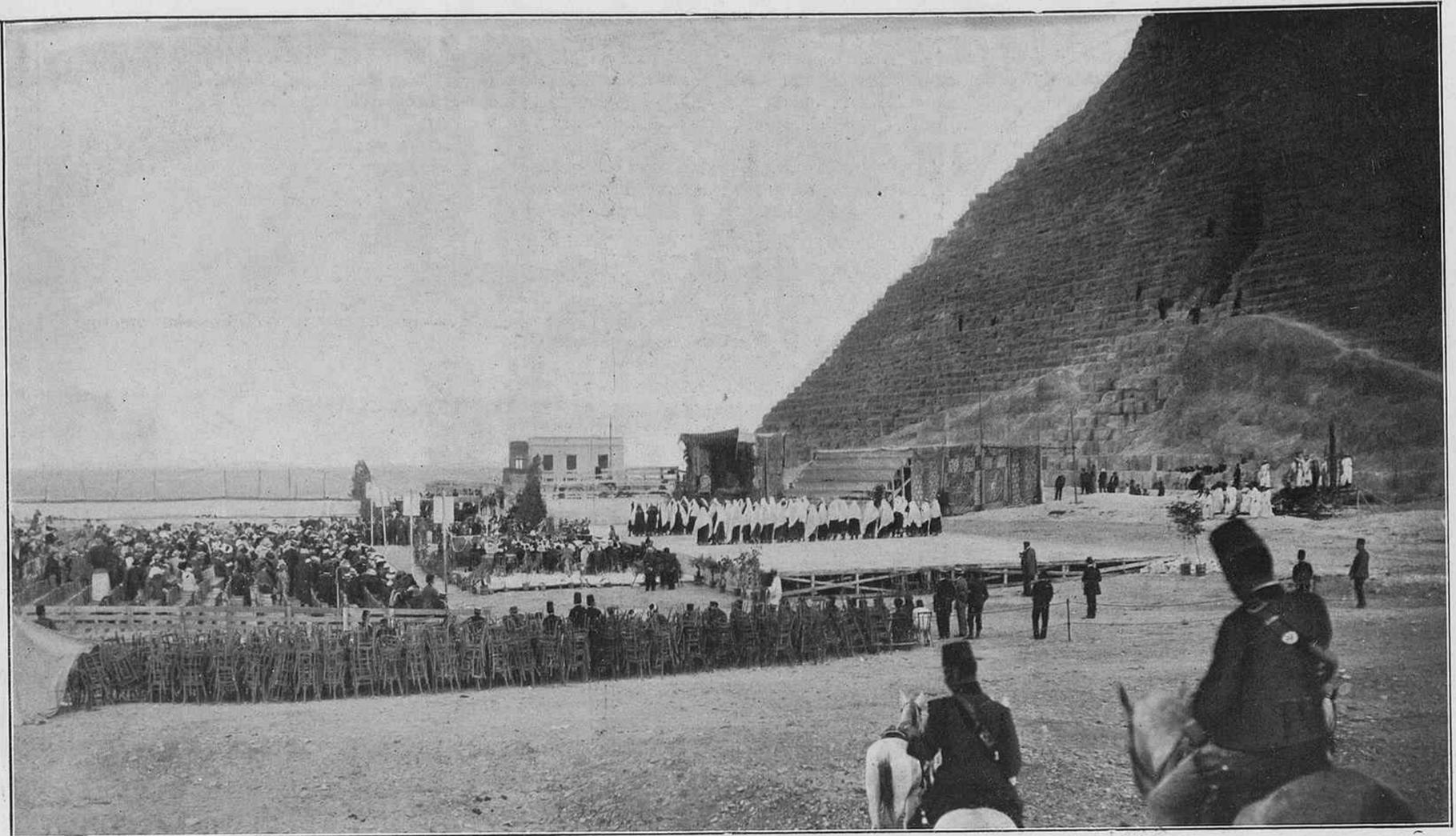
Cuando escribimos estas notas no han terminado todavía las pruebas del concurso, para asistir al cual varias naciones han designado comisiones oficiales.



El aparato Mauricio Farmán pilotado por Renaux

viento, tres de los aviadores inscritos, Robinsón, Paulhán y Rugere, efectuaron magníficos ensayos que excitaron el entusiasmo del numeroso público que se había reunido en los muelles.

UNA INTERESANTE REPRESENTACIÓN DE LA ÓPERA DE VERDI «AIDA»

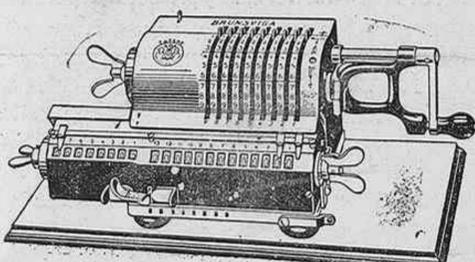


Una escena de la ópera «Aida» que ha sido recientemente cantada junto a las Pirámides de Egipto. (De fotografía de Carlos Trampus.)

La célebre ópera de Verdi, *Aida*, ha sido recientemente cantada en el escenario de la naturaleza más grandioso y más adecuado que para ella pudiera imaginarse, en la llanura egipcia en donde se alzan las famosas Pirámides. Allí, al aire libre, se dispuso la escena, que tenía por fondo la pared septentrional de la pirámide de Cheops y en la que se desarrollaron en toda su magnificencia los pintorescos e interesantes episodios de la popular e inspirada ópera, que por encargo del jedive Ismail Bajá escribiera el notable compositor para inaugurar, en 1871, el nuevo teatro de El Cairo. La interpretación, confiada a las señoras Devanna (*Aida*) y Alvarez (*Amneris*) y a los Sres. García (*Raímés*), Dadone (*Amonasro*) y Fiore (*Ram-*

fis), ha sido perfecta bajo todos conceptos. Las representaciones han sido presenciadas por un público numerosísimo, que no bajaría de 50.000 personas y en el que había lo más selecto de la sociedad de El Cairo y de Alejandría y una multitud de turistas extranjeros.

Los *chauvinistas* egipcios, muy irritados ahora contra los italianos y dirigidos por el príncipe Omar Bajá Ussum, amenazaron con perturbar las representaciones de *Aida* tomándolas como pretexto para una manifestación antiitaliana; pero el jedive llamó a su presencia al citado príncipe y tales advertencias debió hacerle, que aquellos exaltados patriotas desistieron de sus proyectadas demostraciones.



Máquina de calcular

BRUNSVIGA

Hace toda clase de operaciones aritméticas * Pidase catálogo

GUILLERMO TRÚNIGER & C.º * BALMES, 7 * BARCELONA

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
 Curadas por el Verdadero. El más activo y económico, el único Inalterable.— Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, París.



CITRATO EFERVESCENTE "KING"

LA PRIMERA MAGNESIA DEL MUNDO
 SU VENTA EN ESPAÑA PASA DE 300000 FRASCOS ANUALES
ESTE ES EL MEJOR ARGUMENTO

Agente exclusivo: EDUARDO SOLA - Trafalgar 13 - Barcelona

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

VIDA

DE LA VIRGEN MARÍA

CON LA HISTORIA DE SU CULTO EN ESPAÑA

POR EL ILMO. SR. DOCTOR

D. VICENTE DE LA FUENTE

Ilustrada con 22 bellísimas cromolitografías y 15 láminas grabadas en madera entresacadas de la soberbia colección que dibujó para la *Sagrada Biblia* el eminente Gustavo Doré

Entre las cromolitografías que ilustran el segundo tomo, figuran varias con la reproducción exacta de las sagradas imágenes de *Nuestra Señora de Monserrat*, de la del *Pilar de Zaragoza*, de la de los *Desamparados de Valencia*, y otras muchas de preferente devoción en las comarcas españolas.

Dos tomos en folio ricamente encuadernados, al precio de 100 PESETAS ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales.

MONTANER Y SIMÓN.—EDITORES

Reino de Sajonia.

Technikum Mittweida.

Director: Profesor A. Holtz.

Escuela superior técnica p. la enseñanza de electrotécnica y construcción de máquinas. Secciones espec. p. ingenieros y técnicos. Laboratorios electrotécnicos y mecánicos. Talleres para la instrucción práctica. Mayor frecuencia anual 3610 estudiantes. Programa etc. gratis de la secretaria.

AVISO A LAS SEÑORAS



EL APIOL DE LOS SEÑORES JORET-HOMOLLE

CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

F^{ta} G. SEGUIN — PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

LA JURA DE LA BANDERA POR LOS RECLUTAS DEL REEMPLAZO DE 1911



En Madrid. (De fotografía de Asenjo y Salazar.)

Con la solemnidad de todos los años efectuóse el día 25 de marzo último en todas las capitales el acto de la jura de banderas por los reclutas incorporados a los cuerpos respectivos.

En Barcelona, las tropas formaron en la Granvía Diagonal a ambos lados del paseo de Gracia y en el trozo de éste comprendido desde el cruce de ambas vías hasta la calle de Salmorón. A la altura de la calle de Mallorca habíase levantado una tribuna para las autoridades e invitados y en ella tomaron asiento los señores obispo, gobernador civil, presidente de la Audiencia, fiscal de S. M., alcalde, rector de la Universidad, comisiones de magistrados, concejales, diputados provinciales, catedráticos, representantes de diversas corporaciones y otras muchas personalidades.

En un altar de campaña, delante del cual situáronse el capitán general con su Estado Mayor, las autoridades y los invitados, dijo la misa el teniente vicario castrense y terminada ésta procedióse al acto de la jura en la forma acostumbrada, habiendo prestado el juramento los reclutas ante las banderas de los regimientos de Vergara, Alcántara y Barcelona.

Después de esta ceremonia, el capitán general se trasladó al cruce de la calle de Mallorca con el Paseo de Gracia y las autoridades y los invitados a la tribuna, comenzando en seguida el desfile por el orden siguiente: sección ciclista, reclu-



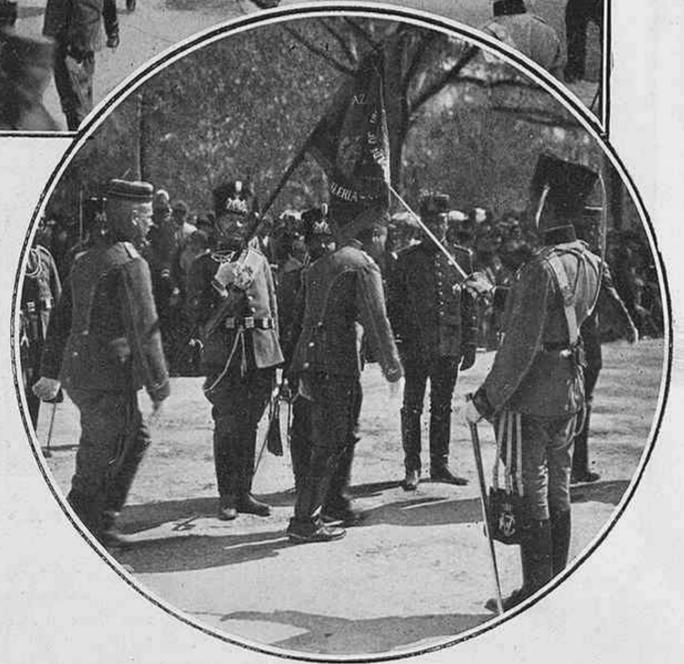
En Barcelona. (De fotografía de A. Merletti.)

tas de Santiago, Montesa y Numancia, primero de montaña, cazadores de Barcelona, Alba de Tormes y Mérida, cuarto mixto de ingenieros, noveno montado de artillería, fuerzas de Vergara, Alcántara, Comandancia de Artillería, de Administración y Sanidad, brigada al mando del general Mora, brigada de cazadores con un grupo de ametralladoras, fuerzas de carabineros, guardia civil de infantería, brigada de caballería y escuadrones de la guardia civil.

La fiesta, que se vió favorecida por un tiempo espléndido, fué presenciada por numeroso público.

La presencia de S. M. el rey y de toda la real familia y del gobierno prestó esplendor al acto de la jura en Madrid. Las tropas se hallaban formadas en la Castellana y fueron revistadas por el monarca, a quien seguía un brillante estado mayor, del que formaban parte, entre otros, el infante D. Fernando, el capitán general Sr. Primo de Rivera, el ministro de la Guerra y los agregados militares de Francia, Inglaterra, Austria, Alemania, Italia y República Argentina.

El teniente vicario castrense dijo la misa en un altar erigido delante de la estatua de Castelar y después del santo sacrificio, los reclutas prestaron juramento con el ceremonial de costumbre, besando las respectivas banderas y pasando luego de dos en dos por debajo de las mismas. Después de la jura comenzó el desfile.



En Valencia. (De fotografía de V. Barberá Masip.)

Una multitud inmensa presenció la ceremonia aclamando a las tropas y a la familia real.

También en Valencia revistió gran solemnidad el acto de la jura que se celebró en el paseo de la Alameda y fué presidido por el general Echagüe y presenciado por enorme gentío.

PENSIÓN PARA ENFERMOS DE LOS NERVIOS

especialmente para

EPILEPTICOS, HISTÉRICOS Y NEURASTÉNICOS

Tratamiento medicinal sin bromuro según el método probado del Dr. Rosenberg. Dieta según la prescripción del Dr. Rosenberg.

Sobre la base de las experiencias precedentes se puede contar con muy buenos éxitos.

Hermana de caridad Else Moeller. SEÑORA KNOP

Berlin.—Charlottenburg, Uhlandstr. 185/186.



Las
Personas que conocen las

PILDORAS

DEL DOCTOR

DEHAUT

DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.



PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 oajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILLIVORE. DUSSEY, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN